

THESIS

THE FIRST THIRD OF THE NINETEENTH CENTURY IN THE NOVELS  
BY ARTURO PÉREZ-REVERTE: WAR, HISTORY AND IDEOLOGY

Submitted by

María del Carmen López Ramírez

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Spring 2012

Master's Committee:

Advisor: Antonio F. Pédros-Gascón

María del Mar López-Cabrales

Mary Van Buren

THESIS

EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX EN LAS NOVELAS  
DE ARTURO PÉREZ-REVERTE: GUERRA, HISTORIA E IDEOLOGÍA

Submitted by

María del Carmen López Ramírez

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Spring 2012

Master's Committee:

Advisor: Antonio F. Pedrós-Gascón

María del Mar López-Cabrales

Mary Van Buren

Copyright by María del Carmen López Ramírez 2012

All Rights Reserved

## ABSTRACT

### THE FIRST THIRD OF THE NINETEENTH CENTURY IN THE NOVELS

#### BY ARTURO PÉREZ-REVERTE: WAR, HISTORY AND IDEOLOGY

The work of the Spanish novelist Arturo Pérez-Reverte has had a considerable critical reception, but most of these critics focus on the analysis of narrative resources used by the author and avoid inquiring into the ideology that underlies its novel output. In the present study we analyze the ideology inherent in the historical novels of Pérez-Reverte that focus on the first third of the nineteenth century—the period that runs from the end of the reign of Charles IV, the Spanish War of Independence and the liberal and absolutist periods of the second decade of the century—. This is done by examining the development of various concepts of vital importance in the narrative of Pérez-Reverte: war, history and ideology. These concepts will be studied in the novels *El húsar*, *La sombra del águila*, *Territorio comanche*, *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* and *El asedio*. In this study, these novels are divided into two groups according to the evolution that the author experienced during his career novel, which begins under the influence of a liberal trend and ends with an ideological vision closer to nationalism and traditionalism. This research aims to demonstrate how Pérez-Reverte does a critical examination of the past so that the reader can connect it with the present and recover “some” collective memory and a “lost” national identity constructed through the narration of certain episodes of national history.

## ABSTRACT

### EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX EN LAS NOVELAS DE ARTURO PÉREZ-REVERTE: GUERRA, HISTORIA E IDEOLOGÍA

La obra del novelista español Arturo Pérez-Reverte ha tenido una recepción crítica considerable, pero la mayoría de estos críticos se centran en el análisis de los recursos narrativos utilizados por el autor y evitan indagar en la ideología que subyace en su producción novelística. En el presente estudio se analizará la ideología inherente en las novelas históricas de Pérez-Reverte que se centran en el primer tercio del siglo XIX —el periodo que discurre de finales del reinado de Carlos IV, a la guerra de la independencia española y los periodos liberales y absolutistas de la segunda década del siglo—. Para ello, se analizará la evolución de varios conceptos de vital importancia en la narrativa revertiana: la guerra, la historia y la ideología. Estos conceptos serán estudiados en las novelas *El húsar*, *La sombra del águila*, *Territorio comanche*, *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*. Dichas novelas se dividen en este estudio en dos grupos conforme a la evolución que el autor experimenta durante su carrera novelística, que comienza bajo el influjo de una tendencia liberal, y termina con una visión ideológica más cercana al nacionalismo y tradicionalismo. Esta investigación pretende demostrar cómo Pérez-Reverte realiza un examen crítico del pasado para que el lector pueda conectarlo con el presente y recuperar “cierta” memoria colectiva y una identidad nacional “perdida” que construye a través de la narración de ciertos episodios de la historia nacional.

## AGRADECIMIENTOS

No habría podido escribir esta tesis sin la inestimable ayuda del doctor Antonio Pedrós-Gascón. Su guía constante, sus sugerencias, su sabiduría y sentido de la perfección no me han dejado más opción que darlo todo en este estudio. Gracias también a la doctora María del Mar López Cabrales, mi profesora, amiga y segunda hermana, sin cuya amistad y apoyo incondicional nunca podría haber realizado este trabajo. Agradezco también a la doctora Mary Van Buren por ser parte de mi comité y por confiar en mí para traducir sus trabajos de antropología. También agradezco a mi esposo Jeff y a mis hijos Javier y Mónica por su cariño, apoyo y paciencia durante todos estos meses de arduo trabajo.

## DEDICATORIA

A la persona que siempre me ha apoyado y animado a ser una mujer trabajadora y luchadora: mi madre.

## ÍNDICE DE CAPÍTULOS

1. INTRODUCCIÓN.....	1
2. EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA GUERRA EN LAS NOVELAS HISTÓRICAS DE ARTURO PÉREZ-REVERTE.....	8
2.1 Evolución del concepto de la guerra: primera etapa .....	10
2.1.1 <i>El húsar</i> (1983).....	10
2.1.2 <i>La sombra del águila</i> (1993) .....	14
2.1.3 <i>Territorio comanche</i> (1994) .....	17
2.2 Evolución del concepto de la guerra: segunda etapa.....	20
2.2.1 <i>Cabo Trafalgar</i> (2004) .....	20
2.2.2 <i>Un día de cólera</i> (2007) .....	23
2.2.3 <i>El asedio</i> (2010) .....	26
3. EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA HISTORIA EN LAS NOVELAS SOBRE EL SIGLO XIX.....	29
3.1 Sobre el concepto de la Historia.....	29
3.2 Concepto hegeliano: <i>El húsar</i> y <i>La sombra del águila</i> .....	38
3.2.1 <i>El húsar</i> .....	38
3.2.2 <i>La sombra del águila</i> .....	44
3.3 Concepto postmoderno: <i>Cabo Trafalgar</i> , <i>Un día de cólera</i> y <i>El asedio</i> .....	47
3.3.1 <i>Cabo Trafalgar</i> .....	47

3.3.2 <i>Un día de cólera</i> .....	51
3.3.3 <i>El asedio</i> .....	55
4. APROXIMACIÓN A LA IDEOLOGÍA INHERENTE EN LAS NOVELAS SOBRE EL SIGLO XIX.....	62
4.1 El contexto histórico del autor .....	62
4.2 Ideología desencantada: <i>El húsar, La sombra del águila y Territorio comanche</i> ..	68
4.2.1 <i>El húsar</i> .....	68
4.2.2 <i>La sombra del águila</i> .....	71
4.2.3 <i>Territorio comanche</i> .....	74
4.3 Ideología reactivada: <i>Cabo Trafalgar, Un día de cólera y El asedio</i> .....	76
4.3.1 <i>Cabo Trafalgar</i> .....	76
4.3.2 <i>Un día de cólera</i> .....	80
4.3.3 <i>El asedio</i> .....	85
5. CONCLUSIÓN .....	90
6. BIBLIOGRAFÍA.....	98
7. LISTA DE ABREVIACIONES DE LOS TEXTOS PRIMARIOS DE PÉREZ-REVERTE.....	104

## ÍNDICE DE FOTOS

Figura 1: Francisco de Goya, <i>Los desastres de la guerra</i> , grabado 17: “No se convienen” .....	40
Figura 2: Francisco de Goya, <i>Los desastre de la guerra</i> , grabado 31: “Fuerte cosa es” ..	41
Figura 3: Francisco de Goya, <i>Los desastres de la guerra</i> , grabado 6: “Bien te se está” ..	45
Figura 4: Francisco de Goya, <i>Los desastres de la guerra</i> , grabado 1: “Tristes pensamientos de lo que ha de acontecer” .....	53
Figura 5: Francisco de Goya, “La carga de los mamelucos”, 1814.....	54
Figura 6: Francisco de Goya, “Duelo a garrotazos”, 1820-1823.....	56

## 1. INTRODUCCIÓN

El análisis literario de cualquier autor contemporáneo es un trabajo lento y arduo, pero cuando el autor en cuestión es conocido por crear textos llenos de paradojas y trampas, y además es considerado como uno de los novelistas españoles contemporáneos más populares tanto dentro como fuera de España, la tarea se convierte en una aventura desafiante y estimulante. Este es el caso de Arturo Pérez-Reverte, cuya opinión siempre polémica y generadora de debate y opinión parece influir en el mundo académico, a tal nivel que se evita indagar en aspectos bastantes controversiales y oscuros de su obra en general. Pérez-Reverte ha descrito su proceso de escritura como un juego lleno de trampas y enigmas:

“Yo me río solo. Cuando estoy escribiendo y se me ocurre una de esas cosas maquiavélicas, una de esas cosas que mis amigos llaman *revertelandia*, contar con el enigma, con las trampas, me río y pienso qué hijo de puta es tal personaje, qué tierno es el otro. Porque yo no los veo como creación sino que de alguna forma los voy encontrando, los planifico, pero después es como si estuviera leyendo, como si lo tuviera escrito en mi cabeza y fuera leyendo poco a poco. Me sorprende y me divierte aunque sepa cómo va a terminar. La literatura te permite hacer cosas que no puedes hacer en la vida, vives mil vidas. Lo maravilloso de la literatura es que uno puede recrear el mundo como le apetece. Soy feliz escribiendo.” (Pérez-Reverte, en Amorós 21)

Arturo Pérez-Reverte nació en Cartagena en 1951. Desde muy joven destacó por su espíritu aventurero, su pasión por el mar, y su amor por los libros. Este espíritu aventurero lo llevó a convertirse en periodista, destacando sobre todo su labor como corresponsal de guerra, profesión en la que trabajó durante 21 años, cubriendo múltiples conflictos bélicos que sucedieron internacionalmente durante el último tercio del siglo XX. Además de trabajar como corresponsal, fue doce años reportero para el diario *Pueblo*, y estuvo nueve en los servicios informativos de Televisión Española (TVE).

También fue el presentador de *Código uno*, un programa de sucesos de dicha cadena. Cansado y desilusionado con el medio televisivo, Pérez-Reverte decidió dedicarle más tiempo a otra de sus pasiones: escribir novelas, labor que inició en 1983<sup>1</sup> con su novela breve —pseudo-histórica—, *El húsar*. Desde 1991 también escribe una página de opinión en el *XLSemanal* —magazine del periódico *ABC*, del grupo *Vocento*— que se distribuye en 25 diarios españoles, y que se ha convertido en una de las secciones más leídas de la prensa española.

Arturo Pérez-Reverte llegó tarde, con 35 años, al mundo de la literatura. Su experiencia como corresponsal de guerra, y como ávido lector de libros clásicos y novelas de aventuras moldearon la literatura revertiana, centrada en temas clásicos como el honor, la aventura, la guerra, el peligro, el mar, el enigma, etc. Su producción literaria y ensayística breve incluye: *El húsar* (1986), *El maestro de esgrima* (1988), *La tabla de Flandes* (1990), *El club Dumas* (1993), *La sombra del águila* (1993), *Territorio comanche* (1994), *Un asunto de honor (Cachito)* (1995), *Obra breve* (1995), *La piel del tambor* (1995), *Patente de corso* (1998), *La carta esférica* (2000), *Con ánimo de ofender* (2001), *La Reina del Sur* (2002), *Cabo Trafalgar* (2004), *No me cogeréis vivo* (2005), *El pintor de batallas* (2006), *Un día de cólera* (2007), *Ojos azules* (2009), *Cuando éramos honrados mercenarios* (2009), *El asedio* (2010) y *Los barcos se pierden en tierra* (2011). Por último, a finales de 1996 aparece la colección *Las aventuras del capitán Alatriste*, que por ahora consta de los siguientes títulos: *El capitán Alatriste* (1996) —firmado por él y su hija Carlota Pérez-Reverte—, *Limpieza de sangre* (1997), *El sol de Breda* (1998),

---

<sup>1</sup> *El húsar* fue redactada en 1983, aunque algunos críticos y la página web del autor fechan esta novela en 1986.

*El oro del rey* (2000), *El caballero del jubón amarillo* (2003), *Corsarios de Levante* (2006) y *El puente de los asesinos* (2011), su última novela.

Como puede apreciarse, la obra literaria de Pérez-Reverte es bastante heterogénea y de indudable calidad, pero existe un tema y un escenario recurrente en la mayoría de sus novelas, que es la historia de España. En ellas la guerra es un escenario para contar al lector “esa historia” tan olvidada y manipulada —según el autor— por los españoles. Esto es debido a que Pérez-Reverte cree que los españoles, y especialmente sus políticos, niegan la realidad histórica de España, e intentan ocultar su historia real, llena de horrores, pero también de gloria. Por eso, para divulgar el conocimiento de esa historia olvidada por el pueblo, entre otras cosas, Pérez-Reverte escribe novelas históricas que se centran en el siglo XVII —como *Las aventuras del Capitán Alatriste* cuya acción ocurre en la primera mitad de dicho siglo—, y sobre todo en el primer tercio del siglo XIX.<sup>2</sup>

¿Pero por qué está tan interesado Pérez-Reverte en escribir novelas que se centran en el primer tercio del siglo XIX? En este estudio de la obra de Pérez-Reverte se intentará responder esta pregunta clave. El primer tercio del siglo XIX es el periodo más liberal de la historia de España, ya que en él no sólo se promulgó la Constitución de 1812, considerada como la primera de las constituciones españolas —se establecía la soberanía nacional y se orientaba a consolidar los derechos del pueblo y limitar el poder del Estado monárquico—, sino que también durante este periodo tuvo lugar la invasión napoleónica, en la que para la historiografía tradicionalista los españoles lucharon contra los franceses por la liberación de su país. Además, ésta fue la época de la consolidación de la

---

<sup>2</sup> El primer tercio del siglo XIX es el periodo que discurre de finales del reinado de Carlos IV a los trienios liberales y el absolutismo de Fernando VII, es decir, el fin del *Ancien Régime*.

Ilustración en el país: las nuevas luces que desde el Renacimiento iluminaban Europa llegaron a España en el siglo XVIII. Estas modernas corrientes ilustradas europeas se introdujeron progresivamente en la tradición española—fiel al absolutismo monárquico y al catolicismo—, y poco a poco dieron lugar a una lenta y particular revolución liberal. La ansiada reforma para la unificación y centralización político-administrativa de los diferentes reinos —que comenzó con el decreto de Nueva Planta a principios del siglo XVIII (1707), y continuó durante el gobierno de Carlos IV y su primer ministro Manuel Godoy, a comienzos del XIX—, produjeron el descontento de la nobleza, la iglesia y el pueblo. El malestar social, producto de la crisis económica del reino y las reformas fiscales y agrarias, ocasionaron un rechazo del gobierno por parte de los sectores nombrados anteriormente. Se produjeron entonces varios motines, entre ellos el conocido como Motín de Aranjuez (17 de marzo de 1808), que llevó a la caída de Carlos IV, quien abdicó en Fernando VII. Pero la supuesta tranquilidad que reinaba tras la llegada al poder de Fernando VII se quebró en mayo de 1808, cuando el pueblo se sublevó ante la invasión de las tropas francesas que ocupaban la península desde fines del año 1807 con la excusa de invadir Portugal, y se produjo el levantamiento popular del 2 de mayo, que daría comienzo a la guerra de la independencia española (Frieria y Fernández 2004).

La guerra de la independencia que libraron los españoles contra los franceses entre 1808 y 1814 dejó una duradera huella no sólo en la historia oficial —con nombres de batallas, héroes y grandes efemérides—, sino también en el imaginario colectivo en general que formaron, y sigue formando parte en la formación de la identidad nacional española. Es importante señalar que los historiadores no nacionalistas prefieren dividir los grupos no por nacionalidad —españoles vs franceses—, sino por tendencias políticas,

dividiendo el grupo español en absolutista/tradicionalista *vs* afrancesados/ilustrados. Para ellos además de una guerra de independencia se produjo también una guerra civil (1936/1939).

La guerra de la independencia supone, junto con la guerra civil, una de las más grandes conmociones históricas que ha sufrido España en los últimos siglos, y por ello es objeto de un especial interés, que da lugar a numerosas y variadas interpretaciones o formas de entender la guerra, y también la Historia. Por un lado, existe la interpretación patriótica y heroica —reflejo de la propaganda nacionalista—, que convierte las guerras en un acontecimiento gloriosamente épico, y por otro lado, la interpretación más pesimista, relativista y escéptica que considera la guerra como un periodo desdichado y caótico, con un desenlace decepcionante, y con unas consecuencias catastróficas para nuestra historia (Pedrosa 89-90).

Como espero poder explicar, en el caso de Pérez-Reverte, se dan estas dos posiciones que van evolucionando a lo largo de su obra literaria, y es esta evolución la que se estudiará en esta tesis. A través del estudio de las novelas históricas de Pérez-Reverte —que tratan sobre la guerra de la independencia española— analizaré la evolución de los conceptos de la guerra, la historia y la ideología, que inevitablemente está presente aunque muchos críticos parezcan obviarlo, y mostraré cómo el autor comienza su carrera novelística bajo el influjo de la tendencia liberal, para con el avance de la historia constitucional española pasar a una visión mucho más conservadora, tradicionalista y nacionalista de la identidad española. Para ello, en este trabajo se dividen estas novelas en dos grupos de acuerdo con esta evolución ideológica del autor: el primer

grupo está formado por *El húsar*, *La sombra del águila*, y *Territorio comanche*, y el segundo grupo lo componen *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*.

En el segundo capítulo de esta tesis, se estudia la evolución del concepto de la guerra, en la que el autor parece pasar de una visión postmoderna de la guerra, con un enfoque ideológico liberal-nacionalista —con la guerra representada como un hecho bárbaro y exento de todo heroísmo—, a una visión más conservadora, tradicionalista y populista, en la que la guerra, aunque sigue siendo un acontecimiento convulso y cruel, se convierte en un hecho necesario para crear la historia, y en una herramienta creadora del mito del pueblo en armas, insumiso y descamisado que se liberó a sí mismo y que devolvió la identidad “perdida” a la nación.

En el tercer capítulo, se examina la evolución del concepto de la historia, en la que Pérez-Reverte experimenta un viraje en sus concepciones, pasando de una concepción hegeliana en la primera etapa de las novelas analizadas en esta tesis —donde la historia sirve para presentarnos el triunfo de las ideas de la Ilustración frente al hecho bárbaro de la guerra—, y termina con un concepto postmoderno en su segunda etapa, en la que se decanta por una mirada nostálgica hacia los tiempos pasados, creando una visión neo-nacionalista basada en el culto al pueblo y cierta memoria histórica, posicionándose de este modo con el lado más conservador de la historiografía española.

Por último, en el cuarto capítulo, se estudia la evolución de la ideología del autor, que según él mismo y la mayoría de los críticos es inexistente, pero que como se explica en esta tesis evoluciona de una ideología desencantada —con una visión negativa de la guerra—, a una ideología reactivada por los acontecimientos políticos y sociales que

sucedan en España a partir de los años 90, que llevarán al autor a posicionarse en el lado conservador de la concepción identitaria.

En definitiva, esta tesis supone el estudio de una parte del mundo revertiano que casi la mayoría de la crítica parece esquivar: la ideología subyacente en la producción novelística de Arturo Pérez-Reverte, que aunque llena de paradojas y contradicciones, no puede interpretarse como una maniobra de ocultación novelesca, ya que esta misma ideología — como explica Isabelle Touton (2007)— se deja entrever en los artículos del autor que representan el reflejo de su opinión personal, y no del mundo ficticio de sus novelas.

## 2. EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA GUERRA EN LAS NOVELAS HISTÓRICAS DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

La guerra es un hecho universal y perseverante en la historia de la humanidad, ya que ha sido el instrumento principal para resolver conflictos políticos y sociales entre grupo poblacionales y países. A pesar de que existe un consenso general sobre la necesidad de su desaparición, la guerra es un hecho inevitable. La guerra es, por ello, ambivalente: es temida y odiada pero a su vez persistente en la historia humana. En ella también podemos apreciar los peores y mejores instintos del ser humano. Todo esto crea un interés especial por elaborar un discurso narrativo en el que se cuente, se explique y se interprete la guerra y sus consecuencias desde un punto de vista histórico, cultural e incluso político (Navajas 113-114).

Arturo Pérez-Reverte además de novelista, columnista y miembro de la Real Academia Española, fue corresponsal de guerra durante más de dos décadas, y esta experiencia se deja entrever en muchas de sus novelas en las que la guerra aparece como escenario o tema principal. Pérez-Reverte en una entrevista reciente en el periódico *El País* comenta este hecho diciendo: “Mi ventaja es que al haber vivido un tiempo en esos lugares, puedo prestar a mis personajes impresiones reales [...]. Hay novelistas que escriben desde la imaginación, muy respetables, y otros que escribimos desde el recuerdo” (Pérez-Reverte, en Altares 2).

En las novelas que se analizan en este trabajo la guerra ocupa un lugar destacado, y el concepto que el autor tiene sobre la guerra experimenta una evolución importante que dividiré en dos etapas y describiré detalladamente en este capítulo. En la primera etapa, analizaré las novelas *El húsar* (1983), *La sombra del águila* (1993) y *Territorio*

*comanche* (1994)<sup>3</sup>. En estas novelas hay una visión postmodernista de la guerra, en la que el autor se aleja de los grandes relatos, desmitificando la guerra y desasiéndose de todo heroísmo.

Jean-Francois Lyotard propone —en su obra, *La concepción moderna* (1979)—, que en la sociedad existe un centro legitimador que se conoce como “metarrelatos”, que articula el todo social. En la postmodernidad estos relatos se muestran falsos porque homogenizan la sociedad y eliminan toda pluralidad, resultando perjudiciales para el ser humano (Vásquez Rocca 3). Por eso, la postmodernidad se centra en los “minirrelatos”, en los que se reivindica lo individual y local frente a lo universal, abandonando así las “grandes narrativas”, que resultan dañinas para el ser humano porque eliminan la diversidad y la pluralidad. Un poco más adelante Vásquez Rocca comenta: “En la posmodernidad los sucesos pasan, se deslizan. No hay ídolos ni tabúes, tragedias ni apocalipsis, “no hay drama” expresará la versión adolescente postmoderna” (8). Esto es exactamente lo que sucede en las novelas de la primera etapa, donde Pérez-Reverte presenta la guerra como una barbarie en la que no existen ni buenos ni malos, y la guerra se muestra como lo que es: “La guerra está ahí fuera, es una desgracia histórica permanente [...]. Ninguna guerra es la última, porque el ser humano es un perfecto canalla.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 109, 242)

Sin embargo, en su segunda etapa, de la que analizaré *Cabo Trafalgar* (2004), *Un día de cólera* (2007) y *El asedio* (2010), esta desmitificación de la guerra y falta de heroísmo desaparecen, dando lugar a una narrativa más tradicionalista en la que se

---

<sup>3</sup> Aunque *Territorio comanche* no es una de las novelas históricas de Pérez-Reverte sobre el primer tercio del siglo XIX, será analizada en esta tesis porque muestra en profundidad la visión del autor sobre la guerra y sus consecuencias históricas, políticas y económicas.

presenta la guerra como verdadera creadora de la historia. La guerra, aunque sigue siendo un hecho aberrante —“Las guerras son a ver si nos enteramos, peligrosas, putas guerras” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 244)—, se considera necesaria porque sirve para crear las historias nacionales. Además, la guerra en estas novelas puede despertar las mejores cualidades del ser humano, creando un héroe con un código moral y ético inquebrantable que defiende su nación, justificando toda crueldad en nombre de la patria.

En suma, en este capítulo describiré cómo evoluciona el concepto de la guerra en estas novelas de Pérez-Reverte, en las que se pasa de una visión posmoderna e incluso pro-liberal<sup>4</sup>, —como veremos en *El húsar*—, a una visión tradicional, populista y nacionalista.

## **2.1 Evolución del concepto de la guerra: primera etapa**

### **2.1.1 *El húsar* (1983)**

Rafael Conte describe *El húsar* como “un relato espléndido sobre la desmitificación de la guerra y la muerte de todo heroísmo, en plena época napoleónica” (19). La acción se sitúa en Andalucía en 1808, durante una batalla ficticia pero muy parecida a su vez a la batalla de Bailén. En ella, Frédéric Glüntz, un subteniente del ejército imperial, descubre que la guerra es muy diferente de lo que le contaron en la escuela militar: “La guerra. ¡Qué lejos de las enseñanzas de la escuela militar, de los

---

<sup>4</sup> Pro-liberal: En favor del Liberalismo, es decir, de la doctrina política que defiende las libertades y la iniciativa individual, y limita la intervención del Estado y de los poderes públicos en la vida social, económica y cultural.

manuales de maniobra, de los desfiles ante una multitud encandilada por el brillo de los uniformes!” (Pérez-Reverte *Húsar*: 182). En esta novela corta aparece la guerra como algo real, verdadero, que según Andrés Amorós, en su introducción al libro *La sombra del águila*, “[...] no refleja las batallas con nombres gloriosos que figurarían en los libros de Historia: una realidad miserable, cruel, indigna, anónima, una inmensa tiniebla” (33). La guerra, en *El húsar*, es una cruda y cruel realidad que el protagonista experimentará y, más tarde, desmitificará al vivir sus horrores en carne propia.

Pero *El húsar* no sólo nos cuenta el desarrollo de una batalla sino que indaga en la condición humana y en el sentido de la vida. Esto se puede apreciar en la evolución que se produce en el personaje principal, Frédéric Glüntz. Antes de la batalla, el húsar imperial siente ansias de gloria y desea convertirse en un héroe de guerra:

“Él aspiraba a ganar la gloria: la admiración de sus camaradas, el respeto de sus jefes, la propia estimación a través de experimentar ese bello y desinteresado sentimiento de vivir con la conciencia de que era dulce y hermoso pelear, quizás morir por una idea. La idea” (Pérez-Reverte *Húsar*: 111-112).

Sin embargo, a lo largo de la jornada, cuando se enfrenta con la dureza y el horror de la batalla y cuando finalmente se ve herido y perdido en el bosque, Glüntz cambia completamente de opinión: “Y la gloria, mierda de gloria. Que se quedaran todos ellos con su maldita gloria, con sus banderas, con sus vivas al emperador.” (182) Glüntz experimenta esa realidad miserable y precaria —tan presente en las novelas de Pérez-Reverte—, en la que se esperaba que un héroe rectificara esa realidad con una hazaña heroica. Pero no es ese el caso en esta etapa, ya que como comenta Sanz Villanueva, “[...] en las novelas revertianas, quienes buscan la verdad y actúan según criterios de rectitud,

fracasan o claudican y terminan convertidos en “héroes desengañados” (421). Esto se debe al concepto de la naturaleza humana que tiene Pérez- Reverte:

“Nos han contado, en los dos últimos siglos, que el ser humano es bueno por naturaleza y que la sociedad lo hace malo, y eso es falso. El hombre no es bueno por naturaleza, eso es mentira, el hombre es un hijo de puta, un tipo que salía de la caverna a cazar, a matar, a follarse a la mejor hembra de la manada [...] así es el ser humano, y cuando nos rascan un poco aparecen nuestros peores impulsos.”  
(Pérez-Reverte, en Arco 15)

En esa misma entrevista —“Con ustedes, Pérez-Reverte”, de Antonio Arco—, Pérez-Reverte añade: “Los hombres se han matado siempre. No creo que el caos tenga solución ninguna, es natural. ¿Y el ser humano? Tiene muchas veces lo que se merece. ¿Y el futuro? El futuro va a ser una mierda.” (15-16) Ante estas afirmaciones es de esperar que la novela finalice con el teniente Glüntz expuesto a la crueldad humana y ante un final incierto que probablemente terminará con la muerte, ante la que actúa de una manera indiferente. Según Anne Walsh, esta actitud es un acto de coraje de un “pequeño héroe”, que pasa del deseo del heroísmo mítico a la indiferencia desilusionada de un viejo soldado, lo cual supone un acto de valentía ante una inevitable derrota (54). Creo, sin embargo, que para Pérez-Reverte este final no representa un acto heroico sino la representación de una cruda realidad ante una vida llena de incertidumbre y desengaños condicionada por la cruel naturaleza del ser humano.

También es importante destacar que el narrador de la historia, Frédéric Glüntz, es un soldado francés. Éste es un detalle fundamental ya que en sus siguientes novelas, —excepto en *La sombra del águila*—, el narrador se identifica como español, y su visión de la guerra se podría interpretar como más populista y nacionalista, como intentaré explicar aquí. En esta primera etapa hay una visión más liberal porque nos presenta

también la historia desde el bando francés con equidad, y dedica varias páginas a un personaje afrancesado de vital importancia en el texto: Don Álvaro de Vigal. La conversación entre este aristócrata afrancesado y Glüntz se convierte en un debate ideológico entre el punto de vista francés y el español, dándole al joven teniente la oportunidad de comprender el sentido de este combate, que supondrá la pérdida de su identidad, su humanidad y tal vez, su vida (García 6). Pienso que sin las explicaciones de Don Álvaro de Vigal, la muerte de Frédéric Glüntz sería un poco absurda.

Como señala José Belmonte Serrano en “El eterno conflicto entre la realidad y el deseo: *El húsar*”: “Don Álvaro de Vigal se convierte en una figura clave para la educación sentimental de Frédéric” (62). Don Álvaro comenta que España es “[...] un país prisionero de su pasado. Gentes a las que, además, una religión dura e intransigente ha ido empapando, desde tiempo remotos, en cerril fanatismo” (Pérez-Reverte *Húsar*: 121), y advierte que “[...] los españoles, no somos gente que se deja salvar a la fuerza” (124). Más adelante, incluso asegura:

“Creo que no van a ganar, caballeros; y esto se lo dice a ustedes un anciano que admira a Francia, que ya no está en edad de sostener sus palabras en un campo de batalla y que, a pesar de ello, puesto ante la elección, desenfundaría su vieja y enmohecida espada para pelear junto a esos campesinos incultos y fanáticos; para pelear incluso contra las ideas que durante una larga vida ha defendido con calor.” (125)

Es evidente que ante estas afirmaciones, se deja entrever una cierta visión pro-liberal pero subyugada al concepto de nación. Existe, por lo tanto, una ideología liberal-nacional, un tipo de liberalismo que está sujeto al concepto de nación, en el cual ésta ocuparía un primer lugar, y en segundo lugar vendrían las ideas liberales. Estas mismas ideas aparecen en sus artículos para *El XL Semanal*, reunidos en *Patente de corso*,

concretamente en el artículo “La bandera de Annecy”, en el que desmitifica la guerra para seguidamente ensalzar la valentía de los guerrilleros republicanos españoles que lucharon durante la Segunda Guerra Mundial:

“No hay nada glorioso en la guerra. Sólo dolor, sangre y mierda. Pero, incluso sabiendo todo esto cuando repaso las fotos de esos fulanos morenos, mal afeitados, que me miran desde el papel amarillento y la distancia de cincuenta años, no puedo evitar un estremecimiento, y que me venga a la boca una sonrisa agrisulce, quizá tierna. Una sonrisa instintiva, de orgullo solidario.” (Pérez-Reverte *Patente*: 263-264)

Este mismo conflicto o debate ideológico aparece en *Un día de cólera*, —representado a través de personajes liberales como José María Blanco White, Francisco de Goya y Leandro Fernández de Moratín—, pero en esta ocasión Pérez-Reverte mostrará una actitud diferente: criticará ese debate, y atacará la indecisión de estos personajes, adoptando finalmente una posición más conservadora y tradicionalista. Esta evolución ideológica del autor se explicará con más detalle en el cuarto capítulo de esta tesis.

### **2.1.2 *La sombra del águila* (1993)**

*La sombra del águila* —con un tono sarcástico y humorístico, y un lenguaje explosivo—, muestra también una visión descarnada de la guerra, concretamente de la campaña de Napoleón en Rusia, donde un grupo de soldados españoles, en su intento por desertar y unirse a los rusos, realizan una acción heroica e inigualable. Díez de Revenga describe a estos soldados como: “[...] españoles inventados, españoles obligados a participar en una guerra que no es la suya, liberados de los campos de concentración

napoleónicos a cambio de luchar en una campaña imperialista que ni les va ni les viene” (83).

En *La sombra del águila*, Pérez-Reverte nos presenta la guerra como “un sin sentido”, como un matadero donde los poderosos, en este caso Napoleón, disponen de la vida de los soldados y deciden dónde tienen que morir. La guerra es desgraciada, es una batalla perdida donde no existen ni buenos ni malos, sino individuos que son sacrificados según los intereses de los mandatarios: “[Napoleón Bonaparte]: Pero la gloria de Francia lo exige [...] Cést la guerre, Labraguette!” (Pérez- Reverte *Sombra*: 55). Una gloria y una patria que no se dejan ver en el bando español, que está compuesto por un batallón de “desertores”.

Existe, de fondo, un cierto ideal pacifista ya que estos soldados no efectuaron un acto de heroísmo, sino que intentaron desertar. El mismo narrador de *La sombra del águila* lo comenta: “Avanzábamos en línea recta hacia las posiciones rusas, porque estábamos intentando desertar en masa” (31). Los soldados se cambian de bando según el desarrollo de la batalla, algo impensable en libros sucesivos del autor. Así el capitán García ordena: “Muñoz, atento a mi orden, en cuanto yo te dé el cante abates el águila de los cojones y le pones la bandera blanca” (66). Mientras, más adelante, cuando el ejército francés viene a ayudarles, el capitán García vuelve a ordenar: “Muñoz, levanta otra vez la bandera franchute, levanta el águila de los cojones y esa sábana blanca la haces cachitos y nos la podemos ir metiendo todos por el culo” (77).

Como sucede en *El húsar*, nos encontramos de nuevo con la desmitificación de la guerra y la muerte del heroísmo. En la guerra ya no existe heroísmo: “[García]: Poned caras de soldados, hijos míos, que no se os note mucho de qué vais. Más vale ser héroes a

la fuerza que fusilados por sorteo” (111). Por lo tanto, en lo concerniente a su primera etapa, coincido con la opinión de Rafael Conte, cuando en el prólogo de *Obra Breve/I* señala: “[...] siempre se trata de lo mismo, de la reivindicación del pueblo llano frente a las guerras, de los humildes soldados y de las víctimas frente a los héroes de la historia, pues en las guerras ya no hay heroísmos posibles” (19).

Es importante destacar de nuevo que los personajes franceses —tanto en *El húsar* como en *La sombra del águila*—, tienen un papel destacado, papel que disminuirá o prácticamente desaparecerá en su segunda etapa. En *La sombra del águila*, Napoleón y sus mandos aparecen como personajes caricaturescos cuyo sentido de la patria y de la gloria es ridiculizado a lo largo del libro: “Al general Le Cimbel, una granada le arrancó la cabeza, pobre y bravo imbécil, toda la mañana llamándonos muchachos y valientes hijos de la Francia, la gloria y todo eso” (Pérez-Reverte *Sombra*: 13). Cimbel —según el diccionario de la Real Academia española— es un cordel con el que se ata a un ave que sirve de señuelo para cazar otras (RAE s.p.). En este ejemplo se puede apreciar como Pérez-Reverte escoge los nombres de estos personajes cuidadosamente, y con la intención de descalificar y ridiculizar todo momento heroico. Consiguientemente, la gloria y el heroísmo no existen, ni por parte de los franceses —cuyo heroísmo es ridiculizado hasta la saciedad—, ni por parte de los españoles, cuyo único deseo es desertar y salir del infierno que están viviendo. El único heroísmo posible para estos soldados consiste en sobrevivir.

### 2.1.3 *Territorio comanche* (1994)

“Esta guerra es una puñetera mierda”, comenta un mando francés a Duchamp en *La sombra del águila* (Pérez-Reverte *Sombra*: 127). Esta misma opinión aparece en *El húsar* cuando Frédéric se va acercando al campo de batalla: “Así que era eso. Barro en las rodillas y sangre en el vientre, atónita sorpresa en la rígida expresión de los muertos, cadáveres despojados, lluvia y enemigos invisibles de los que apenas se percibía la humareda de los disparos. La guerra anónima y sucia” (Pérez-Reverte *Húsar*: 86-87). Este alegato evidente contra la guerra se expresa, de la misma manera, en *Territorio comanche*: “En realidad era siempre la misma barbarie: desde Troya a Mostar, o Sarajevo, siempre la misma guerra. Yo estaba allí, y juro que siempre es la misma: un par de desgraciados con uniforme que se pegan tiros el uno al otro, muertos de miedo en un agujero lleno de barro” (Pérez-Reverte *Territorio*: 96).

*Territorio comanche* es también un relato implacable y desmitificador de la guerra en el que se describe, esta vez a través del reportero Barlés, su experiencia como corresponsal en la guerra de los Balcanes. Barlés es —según Ramón Acín Fanlo—, “[...] una mezcla de héroe y de desengaño [...]” quien mediante “[...] el uso de la ironía, la proximidad del lenguaje popular, la presencia de la descripción y una multitud de detalles reiterativos [...]” (24), nos explica cómo debe ser y actuar un reportero de guerra.

Según Castillo Gallego, *Territorio comanche* no es un libro más del autor: “[...] es un memorial de agravios anímicos. Tocándolo tocamos el alma, o el corazón, o el pasado de Arturo Pérez-Reverte. Y, sin duda, sus heridas” (26). Pérez-Reverte estuvo en la guerra de los Balcanes y nos presenta la guerra como alguien que ha vivido el horror en carne propia, describiéndonos la naturaleza del ser humano con una actitud de rabia, de

estremecimiento y de desgarrar: “Matar al enemigo ya no se lleva. Ahora lo moderno es hacerle muchos cojos y mancos y tetraplégicos y dejar que se las arregle cómo pueda” (Pérez-Reverte *Territorio*: 57). Nos presenta al enemigo, especialmente a los serbios, como seres implacables, sin sentimientos y capaces de cometer la más horrorosa barbarie.

De nuevo podemos apreciar el concepto sobre la naturaleza humana que aparecía en *El húsar* y en *La sombra del águila*. También en sus artículos aparecen referencias similares, concretamente en el artículo “Fantasmas de los Balcanes” del libro *Cuando éramos honrados mercenarios*: “En los Balcanes, los hijos de puta eran decenas de miles. A fin de cuentas, quienes metían las manos en la sangre, hasta los codos, éramos nosotros mismos, sin freno. Era la simple y sucia condición humana” (Pérez-Reverte *Cuando*: 284).

La guerra vuelve a aparecer cómo una barbarie injustificable donde se destacan los horrores y la crudeza de la misma. Así Castillo Gallego comenta en su artículo: “*Territorio* comanche huele a sudor, huele a miedo, huele a guerra.” (26) Y esta afirmación se ve perfectamente en el libro cuando Pérez- Reverte describe el olor de la guerra:

“Aquel olor peculiar de las ciudades en guerra, ladrillo, madera quemada, cenizas y materia orgánica —basura, animales, seres humanos— pudriéndose bajo los escombros. Ese olor que no encuentras en ninguna parte y que te acompaña durante días, pegado a tu nariz y a tus ropas, incluso cuando te has duchado veinte veces y hace mucho que te has ido.” (Pérez-Reverte *Territorio*: 92)

Otra cuestión importante en el ideario del autor son las relaciones entre el poder y el individuo. Él sabe cómo y quién mueve los hilos detrás de toda guerra: “La guerra es un negocio de tenderos y generales, hijos míos. Y lo demás es filfa” (Pérez-Reverte *Territorio*: 97). En *Territorio comanche*, Pérez-Reverte lleva a cabo una descripción

descarnada de los poderosos, a quienes identifica como un fulano que, sentado en su despacho fumándose un puro e intentándose ligar a la secretaria, toma decisiones sobre el armamento que se va a utilizar y cuenta muertos sin mostrar sentimiento alguno; o como al político que negocia con criminales y cuya incompetencia resulta en la muerte de miles de inocentes, mientras se cuelga toda las medallas:

“Entre pitos y flautas habían tardado tres años en reaccionar, y lo hicieron chantajeando a los musulmanes bosnios para que aceptasen el hecho consumado de la partición del país; cuando ya nada podía devolver la virginidad a las niñas violadas, ni la vida a las decenas de miles de muertos. Hemos parado la guerra, decían ahora que todo parecía cerca de acabar, y se empujaban unos a otros para salir en la foto, presentándose en el cementerio a pintar de azul las cruces.” (67-68)

Este ideario, en el que el autor apuesta por el soldado anónimo, aparece también en su artículo “La fiel infantería”, en el que describe el cuadro de Velázquez “La rendición de Breda” diciendo: “Fíjense en nosotros: siempre al fondo y muy atrás, perdidos, anónimos como siempre, como en todos los cuadros y todos los monumentos y todas las fotos de la guerras. Soldados sin rostro y sin nombre, carne de cañón, de bayoneta, de trinchera” (Pérez-Reverte “Fiel”: 346). El autor homenajea al soldado anónimo tanto en *La sombra del águila*, con soldados anónimos que se vieron forzados a participar en una guerra que no era la suya, como en *Territorio comanche*, en el que reivindica los derechos de los individuos frente a los intereses de los poderosos, cuyo fanatismo (*Territorio comanche*), fervor religioso (*El húsar*) o ideales imperialistas (*La sombra del águila*) llevaron a la muerte a millones de inocentes. Esta visión se presentará de una manera mucho más encarnecida en su segunda etapa, en la que aparecerá un tinte más populista y nacionalista.

## 2.2 Evolución del concepto de la guerra: segunda etapa

### 2.2.1 *Cabo Trafalgar* (2004)

Pérez-Reverte le comenta a Antonio Baño en una entrevista: “Yo vengo de una tradición cultural muy vinculada a la Historia. La Historia de las batallas, de los marinos, de los grandes navegantes” (38). De esto trata *Cabo Trafalgar*, de una batalla naval en la que la escuadra inglesa —liderada por el almirante Nelson—, y la escuadra combinada franco-española, se enfrentaron en una sangrienta batalla el 21 de octubre de 1805 frente al cabo Trafalgar, en Cádiz. La publicación de este libro prácticamente coincidió con la celebración del bicentenario de la batalla de Trafalgar, en 2005. El mismo autor habla de esta celebración en el artículo “Párrocos, escobas y batallas”, del libro *No me cogeréis vivo*:

“En 2005 hará doscientos años de lo de Trafalgar. Y entre 2008 y 2014, una docena de ciudades y pueblos españoles tendrá ocasión de conmemorar fechas de batallas decisivas hace dos siglos, como Bailén, La Coruña, Zaragoza, Gerona, Talavera, la Albuera, Cádiz, etcétera. Me refiero a ese periodo que antes, en los libros del cole, se llamaba Guerra de la Independencia, y ahora no sé cómo cojones se llama, si es que aún se llama algo.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 421)

Más adelante en el mismo artículo, añade: “Conmemorar el aniversario de una batalla no es un acto belicista, ni de derechas, ni de izquierdas. Es un acto de afirmación histórica, de identidad y de memoria” (422). En esta afirmación se percibe la guerra como una herramienta para crear la Historia, como un hecho vinculado a la memoria. Esta idea se desarrollará ampliamente en el tercer capítulo de este trabajo.

La guerra sigue siendo un hecho violento, destructivo e inhumano y se percibe como la causa del declive de un imperio, pero a partir de ahora es un hecho más justificable porque es visto como un elemento creador de la nación. El comentario de

Pérez-Reverte en *Patente de corso*, en el artículo “Campos de batalla”, reafirma esta opinión:

“Pero también que aprendan que los estados, y las naciones, y el ser humano, se han hecho con lucha y con sangre. Y que de toda esta saga de semen y sangre nacimos siendo lo que somos, el fruto de una Historia de la que a veces debemos horrorizarnos y otras sentirnos orgullosos. Pero que es la nuestra.” (Pérez-Reverte, *Patente* 331-332)

Gonzalo Navajas, en su artículo “De Flandes a Vietnam. La guerra como relato”, afirma: “En la serie Alatraste, la guerra no produce un incremento de la imagen de la nación, no crea patria ni promueve un aumento del poder de un Estado a expensas de otro” (123). Aunque Navajas se refiera a Alatraste, este comentario se puede aplicar a sus siguientes novelas porque es a partir de esta serie cuando se empieza a apreciar el cambio ideológico del autor. No comparto, por lo tanto, la opinión de Navajas ya que en el pensamiento reverteriano se puede apreciar la supremacía que el autor otorga a tiempos pasados, donde la idea de la construcción de una nación —o en este caso de un imperio— a través de conflictos bélicos, es evidente. Esta opinión es difícil de refutar cuando este tipo de ideología aparece no sólo en su producción novelística, sino también en sus artículos periodísticos:

“Mientras los filósofos europeos ideaban cómodas utopías, españoles casi analfabetos salpicaban el mundo con su sangre por materializar sus ambiciones, sus odios y sus sueños; y en los intervalos solíamos volvernos contra nosotros mismos. Por eso nuestra historia se basó en la espada. En ella ciframos nuestra existencia y quimeras; y cuando el acero se oxidó empezaron a darnos por la retambufa.” (Pérez-Reverte, *Patente* 429)

La guerra sigue siendo un hecho aberrante, una barbarie, pero necesaria para consolidar el concepto de nación —que contrariamente a lo que opina Navajas—, crea patria y promueve el concepto de imperialismo.

“Se gane o se pierda el combate, en lo que al Antilla se refiere, la patria (manda huevos) puede dormir tranquila. Con esa certeza, el comandante se pasea por el alcázar, el sable en la vaina y las manos cruzadas a la espalda, mostrando una calma que no es fingida, pues de veras la siente.” (Pérez-Reverte *Cabo*: 189)

En *Cabo Trafalgar* hay una clara exaltación patriótica y populista que no existe en las novelas de la primera etapa. Un claro ejemplo son las acciones tan diferentes que aparecen en las novelas *La sombra del águila* y *Cabo Trafalgar*. El final de *Cabo Trafalgar* es un acto meramente patriótico: “Y cuando por fin Marrajo llega a la boca de lobo de la cofa, y allí, las manos temblando, con uñas y dientes, como puede, anuda la bandera y ésta se despliega en la brisa, desde el navío inglés el clamor de los enemigos que lo vitorean.” (253)

Marrajo, un reclutado forzoso, recoge la bandera española que el guardiamarina Falcó soltó, y la ata al mástil ganándose el respeto de todos, incluso de sus enemigos. Mediante este acto Marrajo queda perdonado de su pasado, redimido. Este acto de heroísmo incita orgullo y pundonor, mientras el acto de deserción que realizan los soldados españoles en *La sombra del águila*, en el que cambian de la bandera blanca al águila imperial francesa según la evolución de la batalla, no es un acto patriótico sino un mero acto de supervivencia. Anne Walsh explica que con este acto del valiente Marrajo, Pérez Reverte reescribe la batalla de Trafalgar, convirtiendo la derrota en un acto de orgullo (65): La guerra, por lo tanto, despierta ahora las mejores cualidades del ser humano. Ésta es una visión totalmente opuesta a la de las tres novelas anteriormente analizadas, en las cuales el hombre es representado como un ser cruel, sin escrúpulos, falto de heroísmo y patriotismo. Ahora, en esta segunda etapa, a través de la lucha por la patria se redime el individuo.

Pérez-Reverte vuelve a exaltar la figura del soldado anónimo pero esta vez con un tinte populista y nacional. Se presenta al soldado como un individuo capaz de realizar los actos más heroicos o más bárbaros —como veremos más adelante en *Un día de cólera*—, en nombre de la patria. Hay, por lo tanto, una mitificación o elogio de la guerra, que sigue siendo cruel, pero esta vez necesaria, y una exaltación del heroísmo, del valor y del honor, defendiendo así un código ético-heroico que aparecerá en novelas posteriores, y también en sus artículos:

“Como apuntó el mayor general Escaño cuando los capitanes españoles se despedían unos de otros: que no queda nada por hacer, hijos míos. Así al menos, salvaremos el honor. Y allí estaban todos ahora, salvando el honor a falta de otra cosa [...]. Eso es tener casta, rediós. O estar seguro de que si uno palma va derecho al cielo, a un sitio así. A lo mejor por eso don Carlos de la Rocha no agacha la cabeza ni se conmueve cuando una nueva andanada del navío inglés que tienen por el través de babor impacta en el costado del Antilla.” (Pérez-Reverte, *Cabo* 123, 206)

### **2.2.2 *Un día de cólera* (2007)**

“Al final [...] en esta pobre España es lo único que nos salva de la vergüenza absoluta: la gente”, comenta el comandante Rocha en *Cabo Trafalgar* (Pérez-Reverte *Cabo*: 184). En *Un día de cólera* —otro libro sobre la celebración del bicentenario del levantamiento contra los franceses—, existe también esta aclamación y exaltación del pueblo español. Esta vez el autor se centra en los acontecimientos ocurridos en Madrid durante el 2 de mayo de 1808, jornada en la que los madrileños, hartos de la dominación francesa, deciden tomarse la justicia por su cuenta.

*Un día de cólera* es el libro donde se describen las escenas más espeluznantes y brutales en las que hombres, mujeres y niños se enfrentan al ejército francés con navajas,

escopetas, trabucos y agujas de coser, o desde sus casas arrojando agua hirviendo, o muebles desde los balcones:

“Una turba de hombres y mujeres saltó sobre ellos a pecho descubierto, acometiendo con palos, cuchillos, piedras, chuzos, tijeras, agujas de espartero y cuanto enseres domésticos pueden ser usados como armas... Viene ahora el turno de las mujeres que están en las ventanas, con sus calderos de aceite y agua hirviendo que encabritan a los caballos y hacen revolcarse por tierra a los jinetes abrasados, cuyos alaridos cesan cuando grupos de paisanos los acometen, matan y descuartizan sin misericordia. Algunos arrojan tiestos, botellas y muebles.” (Pérez-Reverte *Día*: 159-160)

Esta barbarie se justifica y se apoya en la defensa inquebrantable de una ética personal basada en el honor y en el amor propio: “Ya no se trata de levantarse por el rey ni por algo parecido. ¡Se trata de nosotros! ¡De nuestra dignidad y nuestra vergüenza!” (43). El mismo Pérez-Reverte repite la afirmación de este personaje en la entrevista de Antonio Baño: “La única virtud que admiro y que se ha convertido en una constante de todas mis novelas es la dignidad” (39). Según explica el autor, en la dignidad está el heroísmo, la ética y la estética de sus personajes. Después de perder muchas batallas, eso es lo único que le queda al ser humano: la fidelidad a una ética personal. De ahí la actitud de Marrajo al final de *Cabo Trafalgar*, y la actitud del pueblo y de algunos militares de bajo rango en *Un día de cólera*.

“Un combate, una batalla, son un caos de miedo, incertidumbre y bombazos, y nadie puede esperar que la gente se comporte con humanidad o cordura” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 243). Esta es la explicación del comportamiento del pueblo ante la guerra. Frente a la barbarie, el hombre puede reaccionar con cobardía —como en *La sombra del águila*—, o con heroísmo, y en esta etapa sus personajes se comportan como héroes que defienden a su patria con navajas, tijeras y sables: “Todos han dejado familias, casas, y

trabajos, arriesgándose para acudir al parque impulsados por la rabia, el pundonor, el patriotismo, el coraje, el odio a la arrogancia francesa.” (Pérez-Reverte *Día*: 187)

“Esperaba decencia. Patriotismo. Coraje... No sé... España es una vergüenza... Esperaba que nuestro ejemplo moviera a otros”, comenta el capitán Velarde con el capitán Daoiz (293). Pueblo, patria, honor y valor son palabras que se repiten a lo largo de la novela, y que sin embargo tienen una connotación negativa tanto en *El húsar* como en *La sombra del águila*. En ambas novelas la representación del 2 de mayo es totalmente diferente a la que se realiza en *Un día de cólera*. Los franceses describen al pueblo español como unos bárbaros sin educación que asesinan sin piedad: “Sí. Pero aquello no era un adversario. Era una chusma informe a la que metimos en cintura a sablazos, arcabuceando después a los cabecillas [...]. Aquel gentío fanático, vociferante en las calles, tenía algo que espantaba te lo aseguro” (Pérez-Reverte *Húsar*: 32-33). Mientras, en *Un día de cólera*, se exalta esta cualidad con un tono marcadamente populista: “El mejor ejército del mundo es un español cabreado y con un fusil.” (Pérez-Reverte *Día*: 43)

*Un día de cólera*, es por lo tanto, un claro ejemplo de cómo Pérez-Reverte utiliza la guerra como escenario principal para promover una visión nacionalista en la cual la guerra ayuda a crear Historia, pero vista como una historia nacional. El final de la novela es un ejemplo claro:

“Por un momento parecíamos una nación... Una nación orgullosa e indomable. El hermano, conmovido, apoya con afecto una mano en su hombro. Fue un espejismo, ya lo ves. No duró mucho [...] Nunca se sabe —murmura—. En realidad, nunca se sabe.” (394)

### 2.2.3 *El asedio* (2010)

*El asedio* es otra novela que trata sobre la guerra, concretamente sobre el asedio al que la ciudad de Cádiz fue sometida durante la invasión napoleónica —entre los años 1811 y 1812—, mientras se forjaba la constitución más liberal de Europa, conocida como La Pepa. Esta novela se centra más en la situación política e histórica que en la guerra en sí. Uno de los personajes de la novela, el gobernador Villavicencio, lo comenta: “En Cádiz sólo interesa la política, y hasta la guerra queda en un segundo plano. Los debates de San Felipe Neri agotan la tinta de las imprentas” (Pérez-Reverte *Asedio*: 130). Aunque la guerra quede en un segundo plano, se pueden encontrar sin embargo algunas características comunes con las otras novelas analizadas en esta segunda etapa.

En *El asedio* vuelve a aparecer esa fe inquebrantable del autor en la que el hombre es malo por naturaleza y sólo puede ser gobernado mediante la fuerza, y por supuesto, mediante la guerra. Según el autor, el hombre no quiere darse cuenta de que su estado natural es la guerra. Para ello, utiliza al taxidermista Fumagal y sus reflexiones positivistas sobre la naturaleza humana: “Está en el orden de las cosas que el fuego quemee, pues tal es su propiedad. Está en ese mismo orden que el hombre mate y devore a otros animales cuya sustancia necesita. Y también que el hombre haga el mal, pues su condición incluye el daño.” (269)

Como explica Alexis Grohmann, Pérez-Reverte adopta en esta novela una actitud freudiana, ya que según Freud, el hombre no es una criatura gentil sino un ser con un gran instinto de agresividad, que lo lleva a un estado de hostilidad permanente que amenaza con destruir a la sociedad (6). Para Pérez-Reverte el hombre más virtuoso es capaz de cometer los crímenes más atroces: “Pasando por alto que el hombre más

virtuoso puede ser, por un cúmulo de causas imperceptibles debidamente alineadas, el hombre más criminal” (Pérez-Reverte *Asedio*: 390). Prueba de ello es cómo describe la crueldad del pueblo: “Un infeliz forastero fue acusado a gritos en la calle de ser espía francés. Perseguido por la multitud, sin hallar donde refugiarse, fue muerto a palos y expuesto su cadáver delante de los Capuchinos. Ni siquiera llegó a saberse el nombre” (367). Así, se muestra al pueblo —como hizo en *Un día de cólera*—, como una turba de guerrilleros desalmados, de escasa cultura e instintos primarios, capaces de cometer las mayores atrocidades, pero siempre en nombre de la patria (el acto se ve como bárbaro, pero se justifica por su fin).

Sin embargo, este pueblo cruel es a la vez admirado, y aquí es donde se puede apreciar el populismo y el patriotismo del autor: “La gente humilde profesa un patriotismo exaltado, está a favor de la guerra a ultranza [...]. Todos en la ciudad desde el capitán general hasta el modesto comerciante, temen al pueblo y lo adulan” (210). El pueblo es alabado pero temido, porque ante una autoridad civil y militar incompetente —crítica que aparece en todos sus libros— se muestra en un estado permanente de conflicto. Debido a la corrupción de las autoridades y a la falta de educación del pueblo, la historia de España es descrita como un continuo desastre lleno de derrotas y de otras circunstancias terribles, en la que el pueblo se bosqueja de una forma paradójica y algo confusa:

“Mientras que los españoles, como si estuvieran atávicamente acostumbrados al desastre y a la desconfianza en quienes los mandan, flaquean al primer choque y se derrumban como ejército organizado desde el principio de cada batalla; y sin embargo, pese a ello, son capaces de morir con orgullo, y sin un lamento y sin pedir cuartel, lo mismo en pequeños grupos o combates individuales que en los grandes asedios, defendiéndose con pasmosa ferocidad. Mostrando después de cada derrota una extraordinaria perseverancia y facilidad para organizarse y volver a pelear, siempre resignados y vengativos, sin manifestar nunca

humillación ni desánimo. Como si combatir, ser destrozados, huir, y reagruparse para combatir y ser destrozados de nuevo, fuese lo más normal del mundo.” (424)

En *El asedio* se deja entrever la visión nacionalista de esta segunda etapa, así como la nostalgia que el autor siente por los tiempos pasados, donde se muestra lo que España fue y lo que pudo ser. Presenta un país en donde la violencia y el desorden eran pilares elementales de la sociedad, y donde la constitución y los parlamentos son considerados, como un capricho producto de unos “lechuginos” — (los liberales) — que pusieron el país en manos de unos extranjeros: los latinoamericanos liberales. Esta visión nacionalista, y la descripción de las Cortes de Cádiz y sus diputados, se desarrollarán más ampliamente en el capítulo cuatro. Pero me gustaría añadir para cerrar este capítulo unas líneas del artículo “El acento de la fé” de *Patente de corso*, en el que se aprecia la misma nostalgia por tiempos pasados y la guerra:

“Nos hemos vuelto unos mierdecitas de andar por casa; tan vulgares y ordinarios como cualquiera de aquellos a quienes antaño degollamos para ser diferentes. ¿Nos imaginan ustedes ahora echándonos a la calle para defender una monarquía, una república, un modo de vida o tan siquiera nuestra propia libertad?...Hace poco más de medio siglo aún éramos capaces de ello.” (Pérez-Reverte *Patente*: 429-430)

Ante esta afirmación es claro el cambio que Pérez-Reverte experimenta en estas novelas, en las que pasa de un rechazo total de la guerra, a una justificación de la misma como elemento creador de la nación. La guerra es cruel pero necesaria para defender a la patria, la cual redime al individuo de todo acto bárbaro que haya cometido.

### 3. EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA HISTORIA EN LAS NOVELAS SOBRE EL SIGLO XIX

“En tiempos de orfandad, cuando tantos canallas están interesados en que sigamos siendo huérfanos, el pasado es lo único que nos salva y nos da aplomo para oponernos. La historia es memoria de lo que fuimos.” (Pérez-Reverte, en de Prada 395)

#### 3.1 Sobre el concepto de la Historia

Durham y Gabrielle en una entrevista le comentan a Pérez-Reverte que él insiste en que sus novelas son sobre historia pero no son históricas, y el autor contesta: “Sí, es verdad. Utilizo la historia como pretexto, como materia narrativa, como fuente de misterio, como tema, por ejemplo, pero mis novelas no son históricas. Son novelas de ahora” (244). Cuando el autor afirma que éstas son novelas de ahora, se refiere a que utiliza el pasado para presentarnos un presente novelado. Pero al utilizar la Historia como tema, aunque sea ficticia, se está adentrando inevitablemente en el mundo de la novela histórica. Samuel Amell comenta que Carlos García Gual —en su libro *La antigüedad novelada* (1995)—, considera como novela histórica toda “[...] ficción enmarcada en un marco histórico [...]” y su descripción es bastante similar a las novelas de nuestro autor:

“No es tanto la exactitud de los datos, ni desde luego el amontonamiento de éstos, lo que define el carácter de la novela, sino la pretensión de recrear una atmósfera histórica, en general mucho más animada y coloreada que la de los escuetos datos de la historiografía suelen esbozar... No son tanto los grandes hechos en sí mismos, sino por su repercusión en la vida de los protagonistas.” (Amell 9-10)

Pero empecemos por el principio, ¿qué es historia? Definir la historia no es tarea fácil. Según la Real Academia Española, la palabra historia tiene varios significados:

1. “Narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados.
2. Disciplina que estudia y narra estos sucesos.
3. Obra histórica compuesta por un escritor.
4. Conjunto de los sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales, etc., de un pueblo o de una nación.” (RAE, s.p.)

Según estas definiciones, el concepto de historia tiene un doble significado: por un lado, es una narración de los hechos históricos y procesos de las sociedades a lo largo del tiempo; por otro, es un estudio organizado de esos hechos y procesos del pasado humano. Por lo tanto, la historia tiene una doble función: la de hacer que el ser humano pueda comprender su pasado, y acrecentar su dominio en la sociedad del presente (Carr 69).

Como hemos visto, existen diversas formas de definir la historia. Hasta bien entrado el siglo XX, la historia era considerada como una mera recopilación de documentos históricos que el historiador ordenaba para reconstruir el pasado. Pero las profundas crisis sociales, políticas e ideológicas que se produjeron durante el siglo XX llevaron a que el historiador se comprometiera intelectualmente y empezara a teorizar sobre la historia.

La falta de acuerdo para definir el concepto de historia es evidente. Hegel, y siglos después, Fukuyama, influyen en esta labor de entender la historia y sobre todo el concepto de “el fin de la historia.” Para Hegel, la historia universal termina en el movimiento ilustrado, pero ve en la revolución francesa la expresión perfecta de la razón europea, del triunfo de las grandes ideas. Éste es el principio de la racionalidad política en la Inglaterra de Hobbes, quien busca la paz y evita la muerte a través de los preceptos de la razón (Videla 5). Así, la historia hegeliana es un proceso finito, cuyo propósito es la realización de la libertad humana, que termina para Hegel en la batalla de Jena en Prusia, lo cual supuso la actualización histórica de la ideas de la Revolución Francesa.

La historia, para Hegel, es la historia de la libertad, que tiene un objetivo idealista y una moralidad racional (García 4). Ese objetivo positivista se basa en el infinito de la Idea, que rige los acontecimientos que hacen uso de lo humano para alcanzar su meta: la toma de conciencia de que solamente a través de la razón, que rige la Historia, podemos alcanzar la libertad.

Para Fukuyama, sin embargo, la humanidad desaparece, junto con la utopía del mundo ilustrado. Con el triunfo del capitalismo y del liberalismo se produce el fin de las ideologías, lo que supone el fin de la historia. Fukuyama nos da una descripción bastante desalentadora del fin de la historia:

“El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la voluntad de arriesgar la vida de uno por un fin puramente abstracto, la lucha ideológica mundial que pone de manifiesto bravura, coraje, imaginación e idealismo serán remplazados por cálculos económicos, la eterna solución de problemas técnicos, las preocupaciones acerca del medio ambiente y la satisfacción de demandas refinadas de los consumidores. En el período post-histórico no habrá arte ni filosofía, simplemente la perpetua vigilancia del museo de la historia humana. Puedo sentir en mí mismo y ver en otros que me rodean una profunda nostalgia por el tiempo en el cual existía la historia. Tal nostalgia de hecho continuará alimentando la competición y el conflicto incluso en el mundo post-histórico por algún tiempo. Aunque reconozco su inevitabilidad, tengo los sentimientos más ambivalentes para la civilización que ha sido creada en Europa desde 1945 con ramales en el Atlántico Norte y en Asia. Quizás esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento en el fin de la historia servirá para hacer que la historia comience una vez más.” (Fukuyama, en Huguet Polo 1991)

Esta extensa reflexión de Fukuyama —que recoge Huguet Polo en su artículo “La tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia”—, refleja una de las principales preocupaciones que se deja entrever en muchas de las novelas históricas de Pérez-Reverte; la nostalgia histórica del pasado: “Nostalgia, supongo. A fin de cuentas somos lo que recordamos”, comenta Pérez-Reverte en uno de sus artículos para *El semanal* (Pérez-Reverte *Ánimo*: 385).

La Historia en las novelas de Pérez-Reverte no es sólo un referente sino el tema de sus novelas. Las diferentes interpretaciones históricas y ficticias que realiza en sus novelas sirven como punto de partida para poner en tela de juicio el pasado de España, y también su presente. La función de la historia para Pérez-Reverte es hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, para mejorar la sociedad del presente. Para ello, interroga el pasado para encontrar huellas que aún persisten y nos ayuden a entender el mundo en el que vivimos hoy. Pérez Melgosa explica perfectamente cómo Pérez-Reverte reconstruye el pasado en sus novelas: “No resulta difícil imaginarse a Pérez-Reverte escribiendo sus relatos a partir de las “ruinas” de un pasado olvidado, rellenando huecos, amueblando espacios, recogiendo ecos” (333).

Pero los hechos históricos nunca nos llegan en estado puro, ya que siempre hay una interpretación de quien los recoge. Tal y como expone Oleza, para Hayden White la historia tiene la capacidad de explicar el pasado a través de la selección y la organización de los acontecimientos, desde un determinado punto de vista que está ligado al presente, creando una trama y un desenlace que le otorga una capacidad narrativa (8). La Historia y la ficción operan de manera semejante al enfrentarse a la realidad porque ambas utilizan la narración para presentarnos imágenes de lo real. Para White, el historiador crea el texto histórico a partir de una ideología que le permite creer que la información que utiliza es fidedigna y clara. Para ello, el historiador elige estrategias conceptuales que expliquen o representen sus datos o información. En este sentido, White cree que el historiador realiza un acto esencialmente poético a través del cual prefigura su campo histórico, y hace valer las teorías que utilizará para explicar los hechos históricos. Este acto de prefiguración se lleva a cabo a través de los cuatro tropos que se utilizan en el lenguaje poético —o lo que

White denomina los cuatro modos de conocimiento histórico—: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía (White x). White identifica los tres primeros tropos como “naive” —términos lingüísticos que sólo pueden ser usados de forma figurativa—, y el cuarto tropo como “sentimental”, y los relaciona con diferentes ideologías (conservadores, liberales, anarquistas y radicales) (36-37). En particular, la ironía —que es lo caracteriza la escritura de Pérez-Reverte—, puede ser utilizada para defender una posición ideológica liberal o conservadora, dependiendo de si el historiador o escritor está hablando en contra de formas sociales establecidas, o en contra de reformadores “utópicos” que buscan el cambio del *status quo* (38).

Según White, los conservadores son contrarios a cualquier transformación del *status quo*, y se inclinan a imaginar la evolución histórica como una elaboración progresiva de la estructura institucional que impera en ese momento. Sin embargo, los liberales son más propensos a cambios en el futuro, y son más optimistas sobre el resultado de rápidas transformaciones del orden social (25). En el caso de Pérez-Reverte, esta teoría de Hayden White coincide con la evolución ideológica que experimenta el autor en su obra, en la que sus implicaciones ideológicas pasan de ser liberales —por su tono optimista y por estar abierto a ciertos cambios sociales—, a ser conservadoras, en las que se aprecia un tono negativo y resignado, y una actitud anclada en el pasado y cerrada a todo cambio social futuro.

Según Oleza, Frederick Jameson piensa, por el contrario, que la novela histórica de la postmodernidad

“[...] es ya incapaz de representar el pasado histórico, lo único que puede “representar” son nuestras ideas y estereotipos del pasado [...] no puede ya conducir directamente a un mundo supuestamente real ni a una reconstrucción de la historia pasada tal y como ella misma fue una vez presente.” (2)

En Pérez-Reverte podemos apreciar la mezcla de ficción e historia a la que se refiere White, en la que el autor crea un texto histórico a partir de una ideología, que se basa en el culto a la grandeza de su pueblo y en el respeto por los orígenes del mismo. Pero como afirma Jameson, al representar ese pasado histórico, Pérez-Reverte recae en estereotipos del pasado que se alejan de la realidad presente. Por lo tanto, sus novelas históricas están motivadas por sentimientos de nostalgia, que provienen de su interés por recuperar el pasado a través de la Historia, para influir y cambiar un presente que detesta.

Según Samuel Amell, la novela histórica que se ha cultivado en España en las dos últimas décadas es la que entremezcla la Historia y la enlaza con lo actual, siendo Pérez-Reverte uno de los autores que nos presenta una narrativa que hermana el pasado con el presente a través de la historia y la cultura (16-17). Amell añade que sus novelas son muy populares entre el público no sólo por su atrayente trama policíaca, su lenguaje funcional y su presentación atractiva, sino porque presentan una crítica ideológicamente conservadora, que conecta fácilmente con un público español que representa el nuevo conservadurismo que impera en la sociedad española actual (18).

Stefan Schreckenbergr también coincide con Amell al afirmar que “[...] los textos literarios que hablan de tiempos históricos crean un espacio imaginario donde se pueden negociar, afirmar o poner en tela de juicio nuestras ideas sobre el pasado” (102). Este espacio histórico, que en el caso de las novelas analizadas en esta tesis sería el de la Guerra de la Independencia (1808-1814), es utilizado por el autor para debatir la identidad española ante la democracia y la unificación europea, con miradas hacia un pasado que intenta hermanar con el presente.

Por lo tanto, en este capítulo analizaré la evolución del concepto de Historia en las novelas de Pérez-Reverte, y cómo se aprecia un claro viraje en su representación del concepto histórico. Estudiaré cómo el autor pasa de una concepción hegeliana —en *El húsar* y *La sombra del águila*—, con el triunfo de la razón y los grandes ideales, a una concepción más postmoderna —en *Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El Asedio*—, en las que ya no aparecen las grandes ideas de la Ilustración, sino que solamente existe una profunda nostalgia por los tiempos pasados, en los que existía la Historia, como afirma Fukuyama. Analizaré este viraje tomando como referencia a Francisco de Goya y a Benito Pérez-Galdós, siendo Goya el defensor de las ideas ilustradas y el emisario de la luz y la razón, mientras que Galdós representa la España tradicional y conservadora y, por tanto, en sus obras realiza una crítica del pasado como reivindicación colectiva de la tradición.

Antes de empezar a analizar este cambio de concepciones históricas creo que es importante resumir la disputa historiográfica española sobre el origen de España como nación, para así poder comprender mejor las diferentes concepciones históricas del autor así como su ambigüedad ideológica. Según Márquez Villanueva, el primer intento de síntesis del pasado español fue realizado por Marcelino Menéndez Pelayo que reivindicaba un pasado casticista e inquisitorial. Después Ramón Menéndez Pidal, presentó otra visión del pasado que aunque un poco más liberal —para sorpresa de muchos—, prácticamente aceptaba de una forma pasiva los planteamientos de Menéndez Pelayo. Menéndez Pidal, comprometido con un patriotismo defensivo —al igual que Pérez-Reverte—, se opuso a todo menoscabo de los consagrados mitos nacionales (129). Pero los dos historiadores que en el siglo XX convirtieron el pasado en un campo de

batalla, y que hicieron de una concreta interpretación histórica una cuestión nacional, patriótica y de honor, fueron Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. El conflicto entre estos dos historiadores —que llegó a convertirse en afrenta personal—, refleja perfectamente el conflicto interno del autor en cuanto al origen de España como nación.

Américo Castro, en su libro *España en su historia* (1948), afirma que la identidad de la cultura española se inicia en la Edad Media, concretamente en el siglo XIII, como producto de la convivencia de tres grandes culturas: la cristiana, la judía y la musulmana. La absolutización de la cultura cristiana llevó a la erradicación de las otras dos culturas, produciéndose un violento desgarramiento y una pérdida de las virtudes necesarias para convertir España en una nación moderna (Cuenca Toribio 52). Este cambio hizo de la cultura española una cultura casticista y narcisista, opuesta a todo tipo de aperturismo o innovación. En consonancia, Castro condena la actitud de una España cerrada en sí misma y vuelta hacia el pasado, víctima de un imperialismo católico y nacionalista, defendiendo firmemente la europeización de España (Peña 156), en sintonía con los ideales krausitas<sup>5</sup> de la *Institución Libre de Enseñanza*. Las posturas de Américo Castro traslucen la realidad histórica en la que le tocó vivir, y es fácil ver de que manera las visiones de Castro socavan las ideologías nacionales del franquismo. El régimen apoyó su imaginario nacional en las visiones históricas de Pelayo, Pidal y Albornoz —casticistas y transhistóricas—, frente a la visión mestiza y europeizante de Castro, que fue además representante político de España durante la Segunda República, en Alemania.

---

<sup>5</sup>Sistema filosófico ideado por el alemán Friedrich Krause a principios del siglo XIX. Se funda en una conciliación entre el teísmo y el panteísmo, según la cual Dios, sin ser el mundo ni estar fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende.

Según la visión conservadora de la historia española, Américo Castro cometió el imperdonable crimen de mezclar castellanos/cristianos con moros y judíos, considerados como huéspedes indeseables en una España intemporal que intentaba limpiar su imagen ante una Europa “occidental.” Esta teoría de lo español de Américo Castro produjo mucha controversia. Claudio Sánchez Albornoz fue su mayor detractor y sometió esta teoría a una severa crítica a través de su libro *España, un enigma histórico* (1957). Para Sánchez Albornoz, la idiosincrasia española se formó con anterioridad a la conquista musulmana, concretamente con la llegada de los romanos y de los visigodos a España —los hispanoromanos—. Para defender sus tesis, insiste en la oposición espiritual al Islam de los cristianos, y en la continuidad de elementos romanos y visigodos a lo largo de la historia medieval. Para Sánchez Albornoz, el Islam y el judaísmo fueron sólo accidentes en la historia de España:

“Sin el Islam, España hubiese seguido los mismos derroteros que Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, y a juzgar por lo que, a pesar del Islam, hemos hecho a través de los siglos, acaso hubiéramos marchado a su cabeza. Pero no ocurrió así, el Islam conquistó toda la Península, torció los destinos de Iberia y le señaló un papel diferente en la tragicomedia de la historia, un papel... que le costó muy caro a España.” (Sánchez Albornoz, en Cantarino 191-192)

Por el contrario, Américo Castro defendió a toda costa su concepto de mestizaje —es decir, la importancia de los elementos judíos e islámicos en la formación de la identidad española—, en oposición a las teorías raciales del siglo XIX.

Estas dos interpretaciones tan diversas de la historia de España aparecen en muchos de los artículos de Pérez-Reverte, lo cual resulta bastante ambiguo y desconcertante a la hora de analizar la ideología de este autor. Esta ambigüedad ideológica se analizará más ampliamente en el capítulo cuarto.

## 3.2 Concepto hegeliano: *El húsar* y *La sombra del águila*

### 3.2.1 *El húsar*

*El húsar* —según Marie-Thérèse García—, es un ejemplo de ficción histórica, ya que en la novela existe una recreación poética del pasado, y se siente como “[...] prehistoria concreta del presente”, según la expresión de Georg Lukács (2). En efecto, en la España del desencanto democrático, el autor intenta que el lector reflexione sobre su idiosincrasia a través de este episodio de la guerra de la independencia, que el autor considera como un momento histórico privilegiado, en el que un arranque de orgullo nacional conmocionó al país. El presente del lector es el que le da significado al texto, ya que Pérez-Reverte se propone —a través del discurso histórico—, recuperar la memoria de un pueblo que ha perdido su identidad y el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional.

Existe en *El húsar* una tensión perpetua entre historización de la ficción y ficcionalización de la historia. La narración de la historia de Frédéric Glüntz se impone como una página de intrahistoria verdadera e históricamente justificada. El contexto histórico estructura la narración, crea héroes con una conciencia histórica y los inscribe en un pasado histórico generando el efecto de una historia real (García 2). Además, a través de su experiencia como reportero de guerra —testigo de la barbarie más desgarradora—, instala su historia en un marco de verosimilitud.

Pérez-Reverte escribe una historia supuestamente basada en la batalla de Bailén —que también describió Galdós en su serie de *Episodios nacionales*—, pero el relato

obtiene la fuerza evocadora de Goya, que fue testigo de los acontecimientos de la Guerra de la Independencia. La recreación de la atmósfera de *El húsar* es un reflejo de los grabados de Goya. La obra de Goya forma parte del imaginario colectivo, y no es extraño que Pérez-Reverte la utilice para describir el clima de este periodo tan trágico. Según Marie-Thérèse García, estos grabados funcionan como un hipotexto en el proceso de escritura de *El húsar* (7). Tanto el texto de Pérez-Reverte como los grabados de Goya transmiten el mismo horror y el mismo significado: ninguna ideología puede justificar esta barbarie.

Algunas de las imágenes que aparecen en *El húsar* se asemejan a los grabados de Goya recogidos en *Los desastres de la guerra*, que describen las espantosas escenas de tortura, violencia, violación, saqueo, y las absurdas masacres que se produjeron durante la guerra de la independencia. La siguiente descripción de la batalla que tiene lugar en *El húsar* se representa perfectamente en el grabado 17 de Goya, en la aparecen varios húsares dirigiendo una batalla sangrienta:

“Descargó sablazos sobre cuanto tenía a su alcance, golpeó, tajó con desesperada ferocidad, gritando como un poseso, sordo y ciego, empujado por un odio inaudito, con el ansia de exterminar a la Humanidad entera... un húsar que descargaba sablazos a ciegas con la cara cubierta de sangre, más caballos sin jinete que relinchaban despavoridos, gritos, batir de aceros, disparos, fogonazos, humo, alaridos, caballos que se pisaban las tripas, hombres cuyas entrañas eran pisoteadas por caballos, acuchillar, degollar, morder, aullar.” (Pérez-Reverte *Húsar*: 162-163)



**Figura 1:** Francisco de Goya, *Los desastres de la guerra*, grabado 17: “No se convienen”.

También destaca la imagen del cadáver de Juniat, correo y subteniente de húsares del segundo escuadrón, que nos recuerda a la imagen del grabado “Fuerte cosa es”, de Goya:

“Juniat, que así se llamaba el infortunado, estaba completamente desnudo, atado por los pies a un árbol con la cabeza a dos palmos del suelo. Le habían abierto el vientre, y los intestinos, cubiertos por un enjambre de moscas, colgaban como un despojo de horror” (35-36).



**Figura 2:** Francisco de Goya, *Los desastres de la guerra*, grabado 31: “Fuerte cosa es”.

El mismo Pérez-Reverte lo describe de nuevo en su artículo “Dos de Mayo en Iraq”: “Si quieren saber cómo fue, miren los cuadros de Goya o los grabados de los Desastres de la Guerra. Esos ojos enloquecidos por la desesperación y el odio, esas navajas, esos franceses despedazados colgados de los árboles” (Pérez-Reverte *Cuando*: 371).

*Los desastres de la guerra* de Goya describen la monstruosidad de un ser humano que se deja arrastrar por la guerra, y es representado por el peor de los monstruos, engendrado por la pérdida de la razón o las grandes ideas. Pérez-Reverte elige el mismo tipo de escenas, la misma escala cromática de Goya de grises y negros: la oscuridad de la

noche, la jornada lluviosa, el humo de los incendios, el cielo gris y los uniformes grises de los soldados, constituyen el decorado de este acto dramático tan similar a los grabados del pintor (García 8). Frente a estos colores oscuros, es importante destacar el contraste de los colores llamativos usados en el periodo de formación/adiestramiento de Frédéric Glüntz, cuando el húsar todavía no había perdido su visión idealizada de la guerra:

“Frédéric aprovechó unos instantes frente al gran espejo que reflejaba a su espalda las luces del salón, la orquesta y los invitados, para ajustarse con disimulo el dormán y comprobar que la elegante pelliza escarlata de dorados cordones colgaba de forma correcta, marcialmente, airosa, de su hombro izquierdo.” (Pérez-Reverte *Húsar*: 132)

Otro modelo para las novelas históricas de Pérez-Reverte es Benito Pérez Galdós, quien en sus *Episodios nacionales*, retrató la historia de la España del siglo XIX. Brian Dendle describe esta similitud perfectamente: “La huella galdosiana se encuentra en la narración del *húsar* (1986): la recreación de un episodio de la historia de la España del XIX, la cuidadosa documentación (detalles de uniformes, etc.), el debate ideológico entre las visiones francesa y española de la Guerra de la Independencia” (62). También, el aristócrata afrancesado Don Álvaro de Vigal propone la misma defensa de los valores españoles que encontramos en el séptimo capítulo de *Bailén* del novelista canario (1872) (62).

En *El húsar*, la historia y la ficción se entrelazan para producir una narración eminentemente histórica en la que Pérez-Reverte —al igual que Galdós—, le recuerdan al lector que sus raíces están en el pasado, y que el conocimiento de este pasado nos permitirá afrontar el futuro con más lucidez y responsabilidad. Para ello, reconstruye la Historia como único punto de anclaje que tenemos con el pasado.

Pero en *El húsar* la reconstrucción de la Historia se realiza siguiendo el concepto hegeliano en el que se impone los ideales de la Ilustración. El mismo protagonista de *El húsar* resume esta idea: “El desinteresado sentimiento de vivir con la conciencia de que era dulce y hermoso pelear, sufrir y quizá morir por una idea. La Idea” (Pérez-Reverte *Húsar*: 111-112). Esta idea se desarrolla más ampliamente en su conversación con Don Álvaro de Vigal, personaje ficticio profundamente anclado en una realidad histórica que nos recuerda a Goya, Fernando de Moratín, y otras figuras ilustradas de finales del siglo XVIII:

“Habló de la nueva Europa sin fronteras, de la expansión de una misma cultura tendente al progreso, de las ideas nuevas, del Hombre, al que había que devolver la dignidad. España, añadió, un país prisionero de su pasado, encerrado en sí mismo, oscuro y supersticioso. Sólo las ideas nuevas, la incorporación a un sistema político moderno y europeo podían sacarlo de la cárcel en que lo habían sumido la Inquisición, los curas y los monarcas incapaces.” (119)

Aunque Don Álvaro de Vigal comparte esta opinión, él también se debate entre sus ideas liberales y el amor por su país, por el que lucharía incluso en contra de sus ideas. Los principios de igualdad y universalidad se problematizan en la figura del afrancesado que —si bien comulga con los ideales generales—, es crítico con las acciones de Napoleón:

“España es una nación muy vieja, orgullosa y leal a sus mitos, estén justificados o no. Bonaparte está tan acostumbrado a ver arrodillarse a los pueblos, que no puede concebir, y ése es el error de apreciación, que al sur de los Pirineos haya una raza resuelta a no aceptar su voluntad.” (120)

Don Álvaro exige la tolerancia y el reconocimiento y la diferencia del “otro”, al que no se puede dominar por la fuerza sino por la razón: “Los españoles no son, no

somos, gente que se deje salvar a la fuerza [...]. Jamás las bayonetas impondrán aquí una idea” (124).

*El húsar* —como novela histórica—, reivindica la ruptura de los ideales de la Ilustración: la razón como única forma de conocimiento, y la Historia como relato de hazañas ejemplares; pero realizadas por personajes insignificantes que no son buenos ni malos, sino gente común que no tiene nada que perder. De este modo, recupera al sujeto como un agente histórico para resquebrajar los discursos totalizadores y reescribe la historia para investigar no lo que fue, sino lo que pudo ser (Lemes 4-5).

### **3.2.2 *La sombra del águila***

*La sombra del águila* —al igual que *El húsar*—, nos cuenta una historia ficticia basada en un hecho real. Pérez-Reverte de nuevo mezcla ficción e historia, esta vez con un tono sarcástico y humorístico, para presentarnos una visión descarnada del enfrentamiento bélico y la condición humana. Muchas de las escenas nos vuelven a recordar a los grabados de Goya, sobre todo cuando el batallón 326 es perseguido por los rusos durante su retirada de Rusia:

“Columnas de rezagados, combates a quemarropa en la nieve, hordas cosacas acuchillando a espectros en retirada demasiado embrutecidos por el frío, el hambre y el sufrimiento para oponer resistencia... Batallones exterminados sin piedad, pueblos ardiendo, animales sacrificados para comer su carne cruda, compañías enteras que se tendían exhaustas en la nieve y ya no despertaban más.” (Pérez-Reverte *Sombra*: 119)



**Figura 3:** Francisco de Goya, *Los desastres de la guerra*, grabado 6: “Bien te se está”.

En *Los desastres de la guerra* de Goya —así como en *La sombra del águila*—, apreciamos que la dignidad heroica ha desaparecido, y lo único que vemos es una serie de víctimas que sufren y mueren en una gradación de horrores. Se trata, por lo tanto, de una denuncia de las consecuencias sufridas por el hombre, despojado de todo heroísmo, simbología o hazaña bélica.

Goya realiza también una dura crítica al régimen absolutista en sus últimos grabados, crítica que también apreciamos en algunos de los pasajes de *La sombra del águila*: “En cuanto al príncipe Fernando, el hijo de Carlos IV, menudo personaje, Bertrand. Mi mayor venganza tras la guerra de España fue devolvérselo a sus paisanos. ¿No queréis Fernando VII? Pues que os aproveche” (94).

Las reconstrucciones “arquitectónicas” que resultan de las historias del batallón 326 producen un efecto ejemplar de un pasado superior, que penetra en el presente para

enseñarnos a no cometer los mismos errores (Pérez Melgosa 334). Como se lee en la novela:

“Podría resumirse la historia en pocas líneas: Godoy lamiéndoles las botas al Enano, Trafalgar, alianza hispano-francesa, quince regimientos españoles destacados en Dinamarca bajo el mando del marqués de La Romana, dos de mayo en Madrid y resulta que los aliados se convierten en sospechosos. Y el Emperador con la mosca tras la oreja.” (Pérez-Reverte *Sombra*: 26)

Pérez-Reverte presenta la Historia con sarcasmo y rudeza, y también como hechos caóticos y sin sentido, en los que se mezclan historia y ficción con la intención de rechazar o reivindicar lo acontecido, ficcionalizando la narración de manera estratégica:

“El caso es que entre Vilna y Vitebsk algunos de los españoles de Dinamarca ya estábamos hasta las polainas de todo aquello, y además las noticias que llegaban de España no eran como para levantarnos la moral de combate: iglesias saqueadas, mujeres a las que compañías enteras se pasaban por la piedra, los sitios de Gerona y Zaragoza, la resistencia de Cádiz, los ingleses en la Península y la guerra de guerrillas. O sea, todo cristo luchando allí para echar a los gabachos, y nosotros con su uniforme y su bandera, acuchillando rusos sin que nadie nos hubiese dado vela en aquel entierro, que a poco que nos descuidáramos iba a ser el nuestro.” (51)

Por lo tanto, en *La sombra del águila* existe una concepción hegeliana de la historia, ya que la deserción de los soldados españoles del batallón 326 representa una propuesta pacifista, en la que se propone el uso de la razón sobre la violencia. La única intención de estos soldados era la de escapar de una guerra que no era la suya y evitar la muerte: “Más vale ser héroes a la fuerza que fusilados por sorteo” (111). Y si no aparecen claramente las ideas de la Ilustración —como ocurría en *El húsar*—, sí aparece el intento de hallar soluciones radicales, en este caso la de la deserción, con la única intención de lograr una sociedad liberada de la violencia, la injusticia y la opresión. En *La sombra del águila* las contiendas ideológicas carecen de importancia ante un momento decisivo como es el riesgo de perder la vida.

### 3.3 Concepto postmoderno: *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*

#### 3.3.1 *Cabo Trafalgar*

“Yo vengo de una tradición cultural muy vinculada a la Historia. La Historia de las batallas, de los marinos, de los grandes navegantes. Con ese mundo épico y glorioso en mi cabeza, voy y me pongo a viajar. Entonces la vida te va arrancando a dentelladas todas esas inocencias, todo ese mundo imaginario y aventurero: dios, patria, bandera, eternidad... Una tras otra se van a tomar por culo. Después de haber estado en la isla de los piratas y haber conocido a John Silver, ¿qué te queda? La única virtud que admiro y que se ha convertido en una constante de todas mis novelas es la dignidad.” (Pérez-Reverte, en *Baño* 38-39)

¿Está entonces la dignidad ligada con la patria y la nación en *Cabo Trafalgar*?

Como expuse en el capítulo anterior, el comandante Carlos de la Rocha en *Cabo Trafalgar* expresa lo siguiente: “Se gane o se pierda el combate, en lo que al *Antilla* se refiere, la patria (manda huevos) puede dormir tranquila” (Pérez-Reverte *Cabo*: 189). Según el autor, un hombre digno es el que lucha por su patria y su nación. Ese es el mensaje que vemos en *Cabo Trafalgar*, que se ratifica con el final patriótico y glorioso, cuando Marrajo iza la bandera española al final del libro. ¿No puede parecer entonces la anterior afirmación de Pérez-Reverte contradictoria?

En *Cabo Trafalgar*, Pérez-Reverte relata la batalla naval de Trafalgar desde el punto de vista del pueblo, de los marineros que fueron reclutados a la fuerza por unas autoridades corruptas: “los reclutas de leva, los campesinos sacados de sus casas, los mendigos, la chusma arrancada de tabernas, hospicios y penales” (Pérez-Reverte *Cabo*:

175). De este modo, Pérez-Reverte otorga al pueblo la actitud patriótica y heroica que vemos en el episodio nacional, *Trafalgar*, de Pérez-Galdós. Pero la visión de Galdós es diferente porque cuenta la historia desde el punto de vista de los oficiales de la marina española, y desacredita al pueblo: “Pero todos eran gente de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, advertí después.” (86)

Sin embargo, Pérez-Reverte rescata a los héroes anónimos de la Historia y les otorga su código moral basado en el valor, el honor y la patria, lo cual refleja su noción populista de la Historia: “La gente se está portando de dulce, mi comandante [...]. Pues claro, piensa Rocha [...]. En esta pobre España es lo único que nos salva de la vergüenza absoluta: la gente” (184). A este populismo va unido el concepto de patriotismo —que Otero-Blanco califica como emocional y no necesariamente geopolítico—, ya que los marineros en Trafalgar no luchan por la “Patria” (colectiva, nacional) sino por “su patria” (personal, familiar). Y para defender su tesis, añade un comentario muy significativo de Pérez-Reverte en una entrevista con Silvia Pisana para el diario *La Nación*:

“El patriotismo no es morir por la patria sino, más bien, sentir afecto por la tierra de tus antepasados, de tus amigos y del futuro de tus hijos. Eso de los enemigos de la patria, el matar por ella [...], todo ese tipo de exaltación constante alrededor de la patria es una patología, una enfermedad. El patriotismo es sereno y es cultura, es memoria, solidaridad. Es la plaza en la que creciste de niño y el cementerio de tus abuelos.” (Pérez-Reverte, en Otero-Blanco 50)

Si el patriotismo es algo sereno para Pérez-Reverte, ¿por qué ese interés por escribir novelas basadas en batallas y plasmar la locura y el dolor? ¿Es que los personajes de sus libros no mueren en nombre de la Patria?

Es cierto que los personajes luchan por una patria “personal”, y demuestran su inconformismo y desencanto, ante una situación política insostenible —“[...] estamos en manos de un chulo de putas en Madrid [Godoy] y de un imbécil en Cádiz [Villaneuve]” (Pérez-Reverte *Cabo*: 67)—; y también ante una situación social desoladora:

“Corrupción en todas partes, oficiales expertos pero desmotivados y sin cobrar pagas, marineros esclavizados pero sin preparación y sin incentivos, obligados a servir durante media vida sin otro futuro que la muerte, la mutilación, la mendicidad y una vejez miserable.” (37)

Pero el patriotismo que se deja entrever en esta novela tiene además un cierto tinte populista y nacionalista, y está movido por sentimientos de nostalgia junto con un interés por recuperar el pasado a través de la Historia. Entonces, ante esta situación tan desalentadora —pobreza, injusticia, guerras, corrupción—, ¿por qué vuelve Pérez-Reverte sus miras al pasado, para reconstruir un presente, que según el autor es mucho mejor? Brian J. Dendle comenta acertadamente en su artículo, “Pérez-Reverte y la novela histórica”:

“La visión de la historia nacional que ofrece Pérez-Reverte en sus novelas históricas es igualmente desesperada: una España pobre, fanática, corrupta, perezosa, inconsciente, violenta, cruel, indigna de los sacrificios de sus soldados, de sus campesinos explotados y de los “héroes cansados.” (73)

Pero Dendle olvida o evita explicarnos el porqué de esta visión. ¿Cuál es la intención del autor? ¿Por qué volver a un pasado tan miserable que nos represente en el presente? Si el presente es mucho mejor, según comenta el autor: “España es mucho mejor que la del XVII. Y estás hablando con un tío que todos los días blasfema de este país, pero hay que reconocer que España y el mundo son mucho mejores en ese sentido” (Pérez-Reverte, en Perona 2007: 512). ¿Por qué esa nostalgia histórica por el pasado?

En un coloquio con José Perona ocurrido en 2007, Pérez-Reverte comenta que ahora somos mejores en muchas cosas y peores en otras, y una de ellas es que hemos perdido la capacidad de pensar que el dolor y el sufrimiento siguen existiendo, que vivimos en un mundo hostil y que seguimos siendo unos animales muy malos (506). Es posible que el autor esté intentando recordarnos todo esto, pero no hay que negar que detrás de este pensamiento se esconde también una motivación ideológica. En toda explicación histórica hay un componente ideológico irreducible, y como la historia no es una ciencia, al intentar aportar coherencia a la explicación histórica del presente y su relación con el pasado se utilizan teorías de conocimiento histórico, que tienen implicaciones ideológicas (White 21).

Pérez Melgosa afirma que el pasado se nos presenta en las novelas de Pérez-Reverte como perfecto, comprensible y completo, mientras que el presente se muestra en ruinas, imperfecto e incomprensible (335). Gonzalo Navajas también coincide con Pérez Melgosa: “La reconstrucción de un segmento del pasado produce un icono ejemplar de una vida singular y superior. Un presente degradado halla su contrapartida en un pasado en el que las categorías puras no son sólo posibles, sino que se realizan de manera genuina” (305). Según Pérez Melgosa, a través de esta afirmación, Gonzalo Navajas nos descubre la naturaleza estética y moral de las novelas de Pérez-Reverte, quien nos presenta unos personajes con un código ético —basado en normas del pasado que son superiores a la del presente—, y cuya intención es degradar el comportamiento de la sociedad contemporánea (334).

Al final de su artículo Gonzalo Navajas se afirma: “No se propone en Pérez-Reverte la resurrección de una filosofía imperial y universalizante, sino la oportunidad de

insertar en el medio de la indeterminación finisecular la opción de la aserción ética” (308). Es cierto que Pérez-Reverte nos presenta la opción de una afirmación ética diferente a la actual, pero detrás de este comportamiento se esconde una posible ideología imperialista, en la que un pasado irrecuperable se presenta desde una nostalgia generada por la falta de valores de un presente considerado inferior.

Por lo tanto en *Cabo Trafalgar*, Pérez-Reverte, como afirma Otero-Blanco, “[...] articula su visión desencantada de España a partir de una concepción galdosiana (crítica y agridulce) de la realidad nacional” (11), y se aprecia una visión más postmoderna del concepto de Historia, en el que ya no existen el triunfo de las grandes ideas, sino una visión nostálgica de los tiempos pasados, que intenta transmitir un código ético y moral inexistente en el presente.

### **3.3.2 *Un día de cólera***

“Antes todo eso venía en los libros de Historia —lo llamábamos Dos de Mayo—. Aunque ahora ya ni sale. Las sublevaciones patrióticas no son políticamente correctas. Además, a quién puede aprovecharle estudiar batallitas, dijeron un par de ministros llamados Maravall y Solana. La Historia, como el resto de las Humanidades, traumatiza a la juventud. Ese yugo y esas flechas fascistas. Ese Cid xenófobo y asesino de magrebíes que pasaba mucho de las oenegés. Para hablar por teléfono móvil no hace falta saber quiénes fueron los almogávares y las almogávaras.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 370)

En *Un día de cólera* existe una preocupación por la pérdida de la memoria histórica que “da como resultado una mirada nostálgica pero crítica del pasado y un entrelace del pasado con el presente” (Restrepo 185). Vemos de nuevo una concepción postmoderna de la Historia, en la que Pérez-Reverte utiliza la Historia para rescatar una

identidad nacional que “perdimos” en el siglo XIX, y que se recupera a través de la celebración del heroísmo colectivo del pueblo español ante la invasión napoleónica. Para ello sigue de cerca el modelo galdosiano, en el que los españoles son presentados como ciudadanos que realizan grandes acciones en nombre de la patria:

“Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumento de la conciencia nacional, se anticiparon a la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó a abatir el más grande que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.” (Pérez-Galdós 2002: 185-186)

Pérez Galdós, al igual que Pérez-Reverte, nos presenta al pueblo como “[...] agente histórico de la historia en defensa de la nación invadida” (Otero-Blanco 56). En ambos autores se aprecia el conflicto ideológico entre una España tradicional y conservadora, y una España liberal y progresista. Para presentarnos este conflicto utilizan figuras como Goya y Moratín.

Galdós termina su novela *El 19 de marzo y el 2 de mayo* con una escena de Goya del 2 de mayo, en la que Gabriel Araceli es ejecutado por un pelotón de fusilamiento francés. También nombra los cuadros de Goya cuando saquean la residencia de Godoy durante el motín de Aranjuez diciendo que ésta: “escupía los cuadros de Goya.” (Pérez Galdós 2002: 67). Sin embargo, Pérez-Reverte en *Un día de cólera* va más allá e inserta a Goya y a Moratín como personajes, desarrollando sus ideologías. A Goya lo presenta como espectador de la trágica jornada y como visionario de la pérdida de las grandes ideas en una España populista y nacionalista:

“Goya está en el balcón [...] intenta vivir y pintar más allá de la realidad de cada día, pese a sus ideas avanzadas, a sus amigos actores, artistas y literatos, entre ellos Moratín [...]. Ya en la serie *Los Caprichos* [...] el aragonés puso en solfa a

curas, inquisidores, jueces injustos, corrupción, embrutecimiento del pueblo y otros vicios nacionales [...]. El aragonés es hombre enérgico [...] sin embargo ese genio tiene algo oscuro que lo inquieta más allá del motín inmediato o los disturbios previsibles [...]. El pintor intuye nubes oscuras [...]. Un dibujo a lápiz donde se ve a un hombre de ropas desgarradas, arrodillado y con los brazos en cruz, rodeado de sombras que lo cercan como fantasmas de una pesadilla [...] Goya ha escrito unas palabras: *Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer.*”(Pérez-Reverte *Día*: 114-116)



**Figura 4:** Francisco de Goya, *Los desastres de la guerra*, grabado 1: “Tristes pensamientos de lo que ha de acontecer”.

El cuadro mencionado en la cita anterior pertenece a los grabados *Los desastres de la guerra*, y representa las predicciones de Goya sobre lo que iba a suceder como consecuencia de la sublevación del pueblo español. Los cuadros de Goya sobre el 2 y el 3 de mayo también representan la sublevación del pueblo, y los fusilamientos que realizaron los franceses como represalias por el motín y el ataque del pueblo madrileño.

Pero el cuadro que mejor representa la lucha brutal que describe Pérez-Reverte en *Un día de cólera* es *La carga de los mamelucos* de Goya. En este cuadro, Goya quiso representar la ira del pueblo madrileño, mal armado, contra la más poderosa máquina militar del momento, el ejército francés. En el cuadro se aprecia cómo un mameluco —soldado egipcio bajo órdenes francesas—, cae muerto del caballo, mientras un madrileño continúa apuñalándolo, y otro hiere mortalmente al caballo. Esta escena se describe perfectamente en *Un día de cólera*:

“El choque es brutal, de un salvajismo nunca visto. Tan ebrios de ira que algunos ni se preocupan por su seguridad personal, los madrileños se meten entre las patas de los caballos, se agarran a las bridas y se cuelgan de las sillas, apuñalando a los mamelucos en las piernas, en el vientre, destripando a los caballos que caen al aire coceando sus propias entrañas.” (Pérez-Reverte *Día*: 141)



**Figura 5:** Francisco de Goya, “La carga de los mamelucos”, 1814.

Según Stephen Miller, Goya elige estos momentos con la única intención de retratar los horrores de la guerra, pero sin ensalzar ningún tipo de heroísmo, ni presentarlos como eventos épicos: simplemente reflejan la imposibilidad de un equilibrio entre las ideas conservadoras y tradicionales, y la razón ilustrada. Sin embargo, Galdós escribe once volúmenes épicos en los que destaca la muerte, la violencia y el heroísmo de los soldados caídos durante la Guerra de la Independencia (90). Por lo tanto, Goya simplemente refleja la imposibilidad de un equilibrio entre las ideas conservadoras y tradicionales, mientras que Pérez Galdós homenajea a un pueblo que luchó con honor, valor y orgullo contra la invasión francesa. En *Un día de cólera* observamos el fracaso de las ideas de la Ilustración, creando así una historia con una visión nacionalista, basada en el culto al pueblo y en la búsqueda de sus orígenes. Se trata, por tanto, de una neogaldonización, es decir, poner al día la tarea que llevó a cabo Galdós en sus *Episodios Nacionales*: ayudar a que el pueblo tenga conciencia de lo que ha sido.

### **3.3.3 El asedio**

“Pensé otra vez que el viejo Goya nos pintó mejor que nadie: dos gañanes enterrados hasta las corvas, matándose a garrotazos, La sombra de Caín es ancha en la triste España. Lo fue siempre, y aquella guerra fue prueba de ello. El error sería creer que pertenece al pasado” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 488)



**Figura 6:** Francisco de Goya, “Duelo a garrotazos”, 1820-1823.

Esos dos gañanes a los que se refiere Pérez-Reverte aparecen perfectamente representados en *El asedio*: los liberales y los conservadores, es decir, los partidarios de la nación soberana y los defensores del poder absoluto del rey. Asimismo, esta observación del autor recuerda al famoso cuadro de Goya, “Duelo a garrotazos.”

Según el autor, la lucha entre estos dos bandos sigue vigente hoy en día, y sería un error pensar que pertenece al pasado. Por eso rescata y reconstruye este primer tercio del siglo XIX, para recordarnos que:

“Sin historia somos juguetes en manos de bastardos que cifran su fortuna en llevarnos al huerto. Rotos el pasado y la memoria, asfixiado el orgullo común, ¿qué diablos queda? Sólo el escozor de las ofensas, que también las hubo. Sólo la desconfianza y miedo, resentimiento, y esa bilis amarga que nutre el alma negra de las contiendas civiles.” (Pérez-Reverte *Patente*: 83)

De nuevo el autor pretende darnos algunas lecciones sobre lo que él cree que fue la Guerra de Independencia española. Para ello, Pérez-Reverte sitúa esta vez el texto en el asedio al que la ciudad de Cádiz se vio sometida en los años 1811 y 1812, mientras se forjaba la constitución. Para presentarnos las dos visiones utiliza, por un lado, a Lolita

Palma y a algunos diputados de ideas liberales; y por otro, al comisario Rogelio Tizón, y al comerciante Emilio Sánchez Guinea, amigo y socio de Lolita Palma.

El personaje que mejor representa la ambigüedad ideológica del autor, es Sánchez Guinea, ya que aunque se considera liberal, muestra ideas bastantes conservadoras:

“Las Cortes, gruñe sin disimulo el viejo comerciante, están en otro mundo. Constitución, monarquía, Fernando VII. Nada de ello tiene que ver con el asunto. En Cádiz se anhela la libertad, por supuesto [...]. Pero con nuevas leyes o sin ellas, establecido si el derecho de los reyes tiene origen divino o son depositarios de una soberanía nacional, la situación será la misma: los puertos americanos en manos de otro y Cádiz en la ruina.” (Pérez-Reverte *Asedio*: 67)

Este personaje, así como el comisario Tizón, presentan las Cortes como un grupo de diputados de opiniones ambiguas y cambiantes, que no lograrán nada provechoso para la nación:

“Con sorpresa el policía ha visto hoy a algunos de los monárquicos más reaccionarios, contrarios a cuanto huela a soberanía nacional, aplaudir con todos [...]. Incluso, dos diputados rebeldes, [...] que se negaban a acatar el texto aprobado por las Cortes [...] firmaron y juraron esta mañana, como los demás, cuando se les puso en la coyuntura de hacerlo o verse desposeídos del título de españoles y desterrados en el plazo fulminante de veinticuatro horas. Después de todo, concluye el comisario, también la prudencia y el miedo, y no sólo el contagio del entusiasmo patrio, hace milagros constitucionales.” (610)

Mediante la representación de las Cortes y la promulgación de la constitución como algo ambiguo, sin sentido, y considerado como un capricho de algunos petimetres liberales y conservadores desleales, Pérez-Reverte nos muestra de nuevo su visión nacionalista de este periodo de la historia, ya que como él mismo comenta en uno de sus artículos, frente a lo local se tiene que imponer el ideal absolutista de nación:

“Frente a los intereses locales, de tiempo y de situación, lo que une a los pueblos es la historia vivida en común: los asedios, las batallas, las gestas, las victorias, las derrotas, las esperanzas, las desilusiones, los héroes, los mártires, las iglesias, los castillos, las catedrales, los cementerios. Ésa es la espina dorsal, hecha de

sufrimientos y de alegrías, de lucha y de trabajo, de años y de siglos, sobre la que se encarnan el respeto, la convivencia, la solidaridad.” (Pérez-Reverte *Patente*: 83)

Este fracaso de las ideas liberales se representa también a través de la relación utópica entre Lolita Palma y el capitán Lobo. Esta relación se puede considerar una metáfora de la lucha entre los liberales y conservadores: entre la idea de la soberanía nacional o el absolutismo monárquico. Además, el final de dicha relación, representa el fracaso del proyecto de nación soberana, que se quiso llevar a cabo con la elaboración de la constitución. Lolita Palma, al final del libro, describe perfectamente esta idea: “El árbol cuyo ejemplar no llegaron a contemplar juntos, como planeaban. El símbolo, tal vez, de lo que nunca pudo ser y nunca fue.” (Pérez-Reverte *Asedio*: 723-724)

Es evidente que en la novela se está librando una pugna ideológica entre nacionalismo y cosmopolitanismo, y entre postmodernismo y realismo (Pérez Melgosa 332), pero la ambigüedad de las ideas del autor dificulta la clasificación. Pérez-Reverte comenta en uno de sus artículos: “He dicho alguna vez en esta página que la Historia no es buena ni mala. Es objetiva. Sólo es Historia. Ocurrió y punto. A las nuevas generaciones corresponde sacar lecciones de ella” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 423). Sin embargo, el historiador Edward Carr afirma que ninguna interpretación de la historia es objetiva, y que ningún hecho histórico es susceptible de una interpretación objetiva (31). Por lo tanto, Pérez-Reverte nos presenta lo que él piensa que ocurrió; o lo que él quiere que otros crean que pasó; o quizás lo que él quiere creer que pasó, como un absoluto histórico. De ahí la ambigüedad de las ideas del autor. Según Isabelle Touton: “El conocimiento realista de la Historia va asociado, paradójicamente, con una cierta idealización del pasado” (Touton 2007: 1034). Touton señala que en las novelas de

Pérez-Reverte existen paradojas y contradicciones que no son meras estrategias de ocultamiento novelesco, ya que también podemos encontrarlas en los artículos del autor y en sus entrevistas (Touton 2007: 1036):

“No quería que la novela fuese una mirada nostálgica. No quería, por ejemplo, que la gente pensara que España fuera imperialista, que fuera magnífica. Yo no quería eso. Quería más bien que viese la luz y la sombra, lo cruel y lo hermoso, lo bueno y lo malo.” (Pérez-Reverte, en Durham y Gabriele 241)

Es curioso que el autor insista en que su novela no es un canto a la España imperial, pues más adelante en la misma entrevista se contradice:

“¡Ojo! ¡Ojo! Hay nostalgia en cuanto a una cosa evidente. España fue en aquel entonces una potencia mundial, más entonces de lo que es ahora. En relación al mundo de entonces, España era más poderosa que incluso los EE.UU. hoy en día. Entonces es evidente que en esa España más grande hubo cosas buenas y cosas malas. Pues evidentemente, existe una nostalgia de las cosas buenas. Sobre todo, el sentimiento y la tristeza por no haber sabido administrar bien aquel imperio tan enorme, tan inmenso.” (241-242)

No es de extrañar que Touton afirme que las novelas de Pérez-Reverte están llenas de paradojas y contradicciones, utilizando técnicas literarias de seducción para manipular al lector, al que según el autor pretende simplemente informar sobre la Historia, pero en realidad lo que intenta es despertar la visión de una memoria colectiva:

“El gran problema del hombre ahora es que estamos huérfanos, nos están borrando la memoria y sustituyéndola por una especie de papilla indiferenciada y que nos deja a merced del primero que llega. Creo que lo que da más aplomo al hombre y le permite defenderse frente a la agresión de los poderosos es la memoria y la cultura.” (Pérez-Reverte, en Montes 1996)

Sanz Villanueva coincide con Touton en que el ideario del autor es un poco confuso: “No es fácil pronunciarse en un sentido tajante acerca del ideario de nuestro autor” (422). Y además añade: “No es simple la experiencia moral del mundo que presenta Pérez-Reverte porque en él hay un propósito de no simplificarla, de mostrarla

con cierta imprecisión o ambigüedad, y sin desconocer las paradojas de la existencia” (421).

Por lo tanto, *El asedio* nos presenta la imposibilidad de diálogo entre lo tradicional-español y la razón ilustrada europea. A través de estas reflexiones desencantadas sobre “las dos Españas”, Pérez-Reverte nos muestra el fracaso de las grandes ideas, y de nuevo, utiliza la Historia para intentar recuperar cierta memoria histórica, debatiéndose entre “la nostalgia irracional de un momento mítico y una voluntad de recuperar realísticamente la Historia.” (Touton 2007: 1036)

Gonzalo Navajas realiza un resumen muy completo de las numerosas versiones en torno a la Historia, en su artículo “De Ernest Renan a Homi Bhabha. Macrohistoria y ficción en Arturo Pérez-Reverte.” De un Hegel para el que “[...] la Historia es la realización última del corpus social, el marco donde se realizan de manera definitiva y final las aspiraciones milenarias de la humanidad” (292-293), se pasa a un Ernest Renan, en el que “[...] la Historia es una narración primordial que aglutina y recoge dentro de sí las múltiples narrativas dispersas de la nación” (293), para llegar a la visión postmoderna, con Hayden White, Lyotard y Homi Bhabha, para los que “[...] la Historia es una fabulación sujeta a las mediaciones de la figuración retórica y la manipulación ideológica” (293).

Este resumen de Navajas describe perfectamente la evolución del concepto de Historia en las novelas analizadas de Pérez-Reverte: en *El húsar* y *La sombra del águila* se aprecia la visión hegeliana —en la que la Historia sirve para presentarnos el triunfo de las grandes ideas—, para pasar en *Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*, a mostrarnos una visión más postmoderna de la Historia —que es presentada como una fabulación

sujeta a una manipulación ideológica, un subproducto de una imaginación desbordada y de un interés personal—. En el caso de Pérez-Reverte se observa el examen crítico del pasado, para conectarlo con el presente —inmerso en el proceso de la europeización y la globalización—, en un momento en el que el país parece haber perdido su identidad nacional (y ¿su afán imperialista?)

Es curioso que, tras este perfecto resumen de los conceptos de Historia, Gonzalo Navajas, concluya su artículo con el siguiente comentario:

“El perfil del escritor y pensador no se corresponde necesariamente con los rasgos objetivos y precisos de la figura histórica, pero eso no es lo importante porque la narración no progresa en clave de rigor histórico. Su orientación es decididamente simbólica. Por esa razón, la versión de la historia que nos propone en la narración no es la defensa de una visión ideológica de la nación, la justificación o la condena de un proyecto imperial fracasado.” (317)

Tras esta afirmación es indudable la negación por parte de algunos críticos de un evidente proyecto ideológico del autor, que quizás se deba —como afirman Touton y Sanz Villanueva—, a la ambigüedad, intencionada o no, del ideario del autor.

## 4. APROXIMACIÓN A LA IDEOLOGÍA INHERENTE EN LAS NOVELAS

### SOBRE EL SIGLO XIX

“Alguna vez he dicho que la memoria de España no es de izquierdas ni de derechas sino eso, memoria a palo seco, y como tal muy necesaria. Pero de nuevo se ha caído en el extremo contrario, en el punto opuesto del maldito movimiento pendular al que siempre parecemos condenados en este país desgraciado” (Pérez-Reverte *Ánimo*: 81).

#### 4.1 El contexto histórico del autor

Con esta afirmación Pérez-Reverte niega toda dimensión política que complique la interpretación de la Historia, ya que para el autor “su historia”, es la Historia, y el resto son ideologías. “Su historia” nos presenta su visión ideológica de España como Castilla, es decir, una visión noventayochista de la defensa cultural de España y de todo lo castellano. Antonio Pedrós-Gascón resume claramente esta visión: “Al hablar del “98” está claro que el elemento de gravitación no es la ideología política entendida como izquierdas o derechas, sino que la *gravitas* se halla en la defensa cultural de Castilla y el/lo castellano, y que la ideología política viene detrás” (7).

Para defender su “carencia ideológica” como escritor, Pérez-Reverte afirma en un fórum sobre moral y literatura, celebrado en septiembre del 2004 en Barcelona, que: “Mi ideología es coyuntural, está en función de los personajes de la novela y no siempre se puede identificar mi punto de vista con el punto de vista literario, de hecho, sería limitante, [...] un escritor comprometido ha de ser siempre coherente y yo puedo permitirme contradicciones en mi obra, lo que no significa que no adopte una postura frente a hechos que pasan en el mundo” (Europa Press 2004). Esta afirmación demuestra de nuevo la ambigüedad ideológica del autor, ya que si un escritor recae en

contradicciones no es un escritor coherente, sino un autor ambiguo, poseedor de una ideología bastante oportunista. La pregunta que nos podemos hacer entonces es: ¿qué pudo afectar al autor para que caiga en estas contradicciones? Dado que el autor reconoce que la ideología de sus novelas es circunstancial: ¿qué circunstancias sucedieron en España desde principios de los años 80 —cuando publicó *El Húsar* hasta hoy en día—, que afectaron la evolución ideológica que se aprecia en las novelas analizadas en esta tesis?

Con la muerte de Francisco Franco —el 20 de noviembre de 1975—, se pone en marcha toda una serie de transformaciones esencialmente políticas que terminarían con cuatro décadas de autoritarismo, represión y ausencia de libertad. Durante estos años —conocidos como los años de la transición democrática—, se producen una serie de acontecimientos sociopolíticos de tremendo calado histórico. El principal acontecimiento es la aprobación de la Constitución de 1978, que intentó resolver una serie de ajustes socioeconómicos que arrastraba España, y entre los que destacaba la configuración territorial del Estado. Es a partir de este momento, con Adolfo Suárez y después Felipe González, cuando comienza “la España de las autonomías” en un intento de integrar los nacionalismos periféricos (vasco y catalán principalmente, pero también gallego) dentro de la estructura del Estado, siguiendo el modelo del final de la Segunda República.

Paralelo a este proceso descentralizador ocurren varios hechos importantes durante el periodo democrático que incurren en lo opuesto, el centralismo. Estos hechos son la celebración del *Quinto centenario* del descubrimiento de América en Sevilla y la celebración de los *XXV Juegos Olímpicos de Verano* en Barcelona, ambos llevados a cabo en 1992 (Pedrós-Gascón 8). Estos dos acontecimientos produjeron tensiones

internas relacionadas con el nacionalismo español y la integración político-social en Europa. Unos vieron estas celebraciones como un perfecto acto de promoción de la España moderna, mientras que otros lo consideraron como “[...] la sobreactuación de una modernidad blasonada como espectáculo y un concepto de progreso reducido a valor emblemático y propagandístico” (Gómez López-Quiñones 121). Por lo tanto, 1992 se convierte en la ocasión ideal para apartar las viejas ideas neo-imperiales y para presentar una nueva narrativa nacional-histórica, presidida por la idea de progreso y modernidad.

Esta idea de modernidad comienza durante la época de la transición democrática (1975-1982), y se enfatiza con la firma del Tratado de Maastricht (7 de febrero de 1992) que confirma la unidad política de Europa; con el Acuerdo de Schengen (firmado en 1985 e implementado en 1995) en el que se suprimen las fronteras internas europeas, y con el Tratado de Amsterdam (1999) que es una modificación del Tratado de Maastricht en el que se le da más poder a Bruselas (Pedrós-Gascón 10). Ante esta situación, España se nos presenta como una nación moderna, equiparada a otras naciones occidentales. Pero es obvio que la viabilidad de esta España moderna ha estado siempre en una relación tensa y contradictoria con un pasado colonial e imperialista difícil de borrar. La celebración del V Centenario en 1992 supone un intento de reinscribir ese pasado colonial —considerado como un lastre histórico incompatible con la modernidad—, y de limpiar la imagen exterior de España, no sólo ante Latinoamérica sino también ante Europa, ya que como explica Pérez-Reverte en su usual tono sarcástico: “La política exterior española tiene tres ejes de actuación. El principal es Europa, por deslumbre. El segundo es el mundo árabe, por miedo a lo que se nos viene encima. Y el tercero es Hispanoamérica, por aquello de los lazos” (Pérez-Reverte *Patente*: 219). Pero la realidad es que España sí tiene un pasado

colonial que no se puede borrar, y el proceso de modernidad español parece que lo único que ha conseguido es revivir viejos complejos históricos (Gómez López-Quiñonez 125). En el caso de Pérez-Reverte, todos estos hechos parecen haber reimpulsado una nostalgia nacionalista y un neo-imperialismo en el que se deja entrever el deseo, entre otros, de una nueva recuperación de Hispanoamérica:

“Supongo que al actual equipo de Exteriores le da lo mismo, porque cuando España termine de esfumarse en Hispanoamérica, que será pronto, ellos ya no saldrán en los telediarios. Pero a mí no me da igual. Y me pregunto si, en estos tiempos de tanta objeción de conciencia, tanto insumiso y tanto no saber qué hacer con esos chicos, no estaría bien inundar Hispanoamérica de jóvenes cooperantes, con ilusiones y ganas de marcha, para que preñen indias y se hagan guerrilleros y le den otra vez un poco de vidilla al asunto.” (Pérez-Reverte *Patente*: 221-222)

Estos complejos históricos se reflejan también en la actitud de los principales partidos políticos españoles —el PSOE y el PP—, que afectaron y afectan enormemente la novelística y la ideología de Pérez-Reverte. El cambio ideológico que experimentaron estos partidos políticos —sobre todo el PSOE—, que pasó de una política inicial antimilitarista y anti-OTAN a ser el principal impulsor del proyecto europeísta, produjeron un gran cambio en la ideología del autor. Este cambio se aceleró con la pérdida de la mayoría absoluta del PSOE en 1992, que tuvo que recurrir a una alianza con Convergencia i Unió (CIU) y con el Partido Nacionalista Vasco (PNV) para garantizar la estabilidad parlamentaria. Este hecho se consideró por parte de la derecha liderada por Aznar —quien tuvo que recurrir a la misma estrategia cuando subió al poder en 1996—, así como por escritores y políticos socialistas, como una “[...] traición histórica” (Pedrós-Gascón 10-11): “Hablar ahora del español como algo importante, aunque sea como vínculo con Hispanoamérica, podría alterar el pulso de los cínicos caciques vascos y los

mercachifles catalanes que el Pepé necesita para seguir haciendo alehop en el alambre” (Pérez-Reverte *Patente*: 621).

Ante este panorama tan desolador, Pérez-Reverte se muestra resentido y desencantado, y ataca el orden constitucional de la democracia a la que acusa de destruir la esencia de España:

“Ahora vivimos en democracia. Pero sigue siendo el nuestro un esperpento fiel a las tradiciones. Contaminada por nosotros mismos, la democracia española es incompleta y sectaria. Ignora el respeto por el adversario; y la incultura, la ruindad insolidaria, la demagogia y la estupidez envenenan cuanto de noble hay en la vieja palabra.” (Pérez-Reverte *Cuando*: 208)

También ataca todo lo que suponga la descentralización del poder del Estado y el surgimiento de los nacionalismos periféricos, realizando una dura crítica a la España de las autonomías: “España se ha convertido en una casa de putas de 17 comunidades y 8.000 ayuntamientos que van por libre, cada uno ingeniando algo original, y maricón el último.” (Pérez-Reverte *Ánimo*: 178)

Para Pérez-reverte, la identidad tradicional de la nación está en crisis. España se halla completamente integrada en el marco europeo, y la sociedad española ha emprendido el camino hacia la modernidad. Los enemigos contra los que se enfrentaba España hace siglos son ahora socios de un proyecto común. Ese pasado ejemplar que nos intenta explicar el autor no tiene cabida en el imaginario colectivo nacional. Entonces, ¿por qué ese afán por volver a un pasado tan desconectado de la actualidad? (Navajas 2009: 116-117). Según Schreckenber: “[...] el debate sobre la identidad española en los nuevos contextos de la democracia y la unificación europea se acompaña siempre de miradas hacia el pasado” (102). Y esto es lo que hace Pérez-Reverte, critica una

modernidad precipitada y olvidadiza, pero desde una posición ambigua en la que existe una deslumbradora nostalgia del pasado, con una visión castiza de España y lo español:

“Otra cosa es que España, que se hizo con mucho sufrimiento, esfuerzo y sangre, nunca llegara a cuajar como Estado, entre varias razones porque desde los Reyes Católicos a Felipe IV, digan lo que digan los manipuladores de la Historia, aquí nadie tuvo hígados para aplicar el centralismo a rajatabla que otros monarcas europeos impusieron sin escrúpulos y sin cortarse un pelo. Otra cosa es que el Estado fuerte y solidario resulte incompatible con la naturaleza cainita y navajera de nuestro paisanaje; y que el torpe remedo de 1939, que terminó haciendo sospechosa y aborrecible la palabra *patria*, deba acabar como una federación de taifas europeas, una presunta monarquía plurinacional, o una casa de putas donde el tonto se calce a la más fea.” (Pérez-Reverte *Patente*: 509-510)

A tenor de estas opiniones expuestas, en este capítulo analizaré la evolución ideológica de Pérez-Reverte que a mi entender pasa, en una primera etapa —con *El húsar*, *La sombra del águila* y *Territorio comanche*— de una ideología desencantada, a una ideología reactivada en su segunda etapa, con *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*.

Por ello, considero que las novelas de su primera etapa son “más neutras” ideológicamente o menos claramente partidarias, en las que existe el concepto de denuncia, pero el punto de vista desde el cual nos habla el narrador está mucho menos permeado por la ideología del periodo. Sin embargo, en su segunda etapa, esta ideología se reactiva debido a la crisis ideológica nacional de los dos principales partidos políticos en España, y el cambio de coyuntura española que se da a mediados de los 90. Conforme avanzan sus obras se va polarizando su visión ideológica de la identidad española con una reafirmación de los valores castizos a través de un ataque a los nacionalismos periféricos y a Europa.

Si se tiene en cuenta la época de publicación, cronológicamente *El húsar* se publica en 1983 —cuando el PSOE tiene la mayoría absoluta y no ha abandonado todavía

su ideología antimilitarista—. En esta novela se aprecia un desencanto con la guerra y una visión menos maniquea de la realidad, en donde no existen buenos ni malos, como vimos en el capítulo dos de esta tesis. *La sombra del águila* y *Territorio comanche* se publican respectivamente en 1993 y 1994, cuando es ya evidente la crisis ideológica del felipismo con su política europeísta — iniciada en la década anterior —, y su alianza con los partidos catalanes y vascos. En estas obras, sin embargo, todavía apreciamos esa ideología desencantada de su primera obra. *Cabo Trafalgar* se publica a finales del aznarato en 2004; y *Un día de cólera* y *El asedio* se publican ya en pleno mandato de José Luis Rodríguez Zapatero, presidente desde 2004. En estas obras se produce una reactivación de su ideología política con una visión nacionalista y conservadora, en la que se aprecia una nostalgia por el poder del Estado, el centralismo y la lectura del pasado imperial, como se explicará a continuación.

## **4.2 Ideología desencantada: *El húsar*, *La sombra del águila* y *Territorio comanche***

### **4.2.1 *El húsar***

*El húsar*, novela publicada en 1983, cuenta la historia de una batalla —supuestamente basada en la batalla de Bailén— que tiene lugar en Andalucía entre franceses y españoles, en 1808. Esta historia es narrada por Frédéric Glüntz, húsar del cuarto batallón de húsares del ejército napoleónico, quien relata su visión de la guerra, y nos muestra los conflictos ideológicos de ambos bandos.

Pérez-Reverte, al contarnos la historia desde el punto de vista francés —y presentarnos la rivalidad ideológica entre patriotas y afrancesados—, nos presenta cuestiones relacionadas con el conflicto entre el españolismo y el aperturismo europeo (Otero-Blanco 36), y podría uno preguntarse si también entre el tradicionalismo o regalismo y la Ilustración. Este conflicto se describe detalladamente en una conversación mantenida entre los húsares Frédéric Glüntz y Michel de Bourmont:

“Hemos destronado a sus reyes [...] ¿Sus reyes? Unos miserables borbones [...]. Un monarca gordo y estúpido, una reina inmoral que se acostaba con media corte... Esa gente no tiene ningún derecho. Estaban caducos, acabados [...]. De Francia sopla un viento poderoso, unas ideas de progreso que están barriendo Europa. Nosotros traeremos la luz, el orden nuevo. Ya está bien de curas y beatas, de supersticiones y de Inquisición. Vamos a sacar a estos salvajes de las tinieblas en que viven [...]. Pero el rey Carlos abdicó en su hijo Fernando [...]. Los españoles dicen pelear por su retorno [...]. Es Bonaparte quien ahora corona reyes en España, y el de España es su hermano José. La legitimidad la imponen nuestros sables y bayonetas. No será un ejército de desertores y aldeanos el que resista a los vencedores de Jena y Austerlitz.” (Pérez-Reverte *Husar*: 74-75)

Álvaro de Vigal representa perfectamente este conflicto entre nacionalismo y europeísmo, es decir, entre su fidelidad a la memoria cultural e histórica, o su afrancesamiento moderado:

“Aunque el mismo pertenecía a la antigua nobleza, no tuvo ningún empacho en admitir que las casas reales europeas, incluyendo la española, se hallaban en una decadencia tal que sólo la influencia de las nuevas ideas, de las que Francia era adalid, podía revitalizar el carcomido tronco de las naciones. Era lamentable, sin embargo, que Napoleón no hubiese comprendido todavía que a España no se la podía medir con el mismo patrón que al resto de los países europeos.” (119)

Por lo tanto, aunque pertenece a la antigua nobleza española, Álvaro de Vigal admite la decadencia de las antiguas monarquías europeas, y que sólo las nuevas ideas llegadas de Francia —la Ilustración— pueden revitalizar al Viejo Continente. Sin embargo, lamenta la falta de habilidad de Napoleón para imponer sus ideas en España.

Debido a esta falta de destreza de Napoleón y al desconocimiento de la realidad española, —basada en el respecto a las tradiciones, el fanatismo religioso, el apego a la tierra y el carácter bélico de su pueblo—, Álvaro de Vigal piensa que los franceses perderán la guerra (Otero-Blanco 43):

“Creo que no. Creo que no van a ganar caballeros [...]. Para mi pueblo, la realidad es lo inmediato. La miseria, el hambre, las injusticias, la religión, dejan poco lugar a las ideas. Y lo inmediato es que un ejército extranjero se pasea por la tierra donde están las iglesias, las tumbas de los antepasados y también las tumbas de miles de enemigos. Quien pretenda explicar a los españoles que hay algo más que eso, se convierte en un traidor.” (Pérez-Reverte *Húsar*: 125-126)

A través de la descripción de la guerra a la que se refiere Álvaro de Vigal, apreciamos la ideología desencantada del autor, quien nos presenta la guerra como una cruda realidad que experimentará el protagonista de la novela, el cual pasa de una visión idealizada de la guerra a una visión desencantada, cuando se enfrenta con la dureza y el horror de la batalla:

“[Frédéric Glüntz]: No me pasa nada. Sólo que ésta es una guerra extraña, que no está en los libros que estudiamos en la Escuela Militar [...]. A uno le cuesta trabajo renunciar a batallas cabales, contra enemigos perfectamente reconocibles y alineados de frente [...]. Guerras limpias, donde los curas no se echen al monte con la sotana remangada y un trabuco a la espalda, y las viejas no arrojen aceite hirviendo sobre nuestros soldados. Donde los pozos tengan agua, y no cadáveres de compañeros asesinados.” (75-76)

Es evidente el desencanto del autor ante la guerra —en la que no existe una visión maniquea de la realidad, con sólo buenos y malos—, que es representada como una cruda realidad que está condicionada por la cruel naturaleza del ser humano. Existe, por lo tanto, una desmitificación de la guerra y una propuesta pacifista en la que se propone el uso de la razón sobre la violencia: “Jamás las bayonetas impondrán aquí una sola idea” (124). Su visión se corresponde con la ideología antimilitarista — “¡OTAN no, bases fuera!” — que procesaba el PSOE a principios de los años 80, que será abandonada por el

autor cuando comience la crisis ideológica del PSOE, con su política europeísta y su alianza con Convergencia i Unió (CIU) y el Partido Nacionalista Vasco (PNV), a finales del felipismo (1993-1996).

También es importante destacar que *El húsar* se publica en 1983, año en el que se consolida la transición democrática. El personaje Álvaro de Vigal representa esta consolidación y reconciliación entre Europa y España, entre pensamiento liberal y tradición. Otero-Blanco lo resume perfectamente: “[...] estamos ante un europeísmo integrador que combina las nuevas propuestas socio-ideológicas de la Francia post-Revolución con la herencia social y cultural del pasado de España, tal y como sugiere Álvaro de Vigal en *El húsar*” (45).

Así pues, Pérez-Reverte plantea en *El húsar* un modelo de identidad nacional en el que nos presenta una España en pleno proceso de transición democrática, donde se mezcla la tradición cultural y el europeísmo. Por lo tanto, su ideología política está un tanto permeada en esta novela, ideología que se debate entre ideas ilustradas y patriotismo/tradicionalismo. Esta visión se reforzará y retomará de manera más crítica en *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio*.

#### **4.2.2 *La sombra del águila***

*La sombra del águila* fue publicada en 1993 cuando ya había comenzado la crisis ideológica del PSOE —partido que gobernó España desde 1982 a 1996—. En los comicios de 1993, el PSOE volvió a ganar las elecciones aunque esta vez sin mayoría absoluta, por lo que necesitó el apoyo parlamentario de Convergencia i Unió y el Partido Nacionalista Vasco. En esta época hubo un gran crecimiento económico que se concentró

en inversiones públicas en infraestructuras, y también se consolidó el llamado “Estado del Bienestar” con el que se sufragaron los servicios educativos, sanitarios y de pensiones. Todo este crecimiento se vería afectado por la recesión mundial de principios de los noventa, que afectaría profundamente a España y al partido socialista, que necesitó el apoyo de las minorías nacionalistas para continuar gobernando el país. Ante esta situación cambiante y un tanto caótica que vivía el país, Pérez-Reverte escribe de nuevo sobre una batalla ficticia en la que reina el caos y la confusión:

“Y todo el batallón que se queda de piedra viéndose en medio de una carga de caballería, y Mural saludando con el sable y su corneta dale al tararí tararí, de qué van estos fulanos, mi capitán, aquí hay un malentendido [...]. Total. Que todos nos paramos un momento, aturcidos y sin saber qué hacer, pendientes de lo que dice el capitán García, y el capitán, [...] le grita a Muñoz, [...] levanta otra vez la bandera franchute, levanta el águila de los cojones y esa sábana blanca la haces cachitos y nos la podemos ir metiendo todos por el culo.” (Pérez-Reverte *Sombra*: 76-77)

En esta narración de hechos caóticos, Pérez-Reverte presenta una historia contada con sarcasmo y rudeza, a través del uso de un lenguaje popular y crudo, para mostrar una situación caótica y sin sentido, que es inevitable relacionar con la situación que se vivía en ese momento, tanto en España como en Europa, donde reinaba François Mitterrand y Helmut Kohl.

En *La sombra del águila*, aunque todavía podemos apreciar la ideología desencantada que aparece en *El húsar*, se dejan entrever las dudas del autor con respecto a la integración de España en Europa. Tanto los personajes españoles como los franceses aparecen representados como unos incompetentes: los españoles como unos desertores, los franceses como unos ineptos y memos. Aunque los personajes franceses tienen un papel importante en esta novela, éstos aparecen caricaturizados como personajes

grotescos y engreídos. A Napoleón le asigna el apelativo de “el enano” o el “Petit cabrón”, y a Murat lo describe diciendo: “Parecía un gitano guaperas vestido por madame Lulú para hacer de príncipe encantado en una opereta italiana” (39).

Esta ideología desencantada aparece tanto en la representación grotesca de los personajes —cuyo heroísmo, sentido de la patria y gloria es ridiculizado a lo largo de la novela—, como en su visión descarnada de la guerra, a la que representa como un hecho sin sentido. Esa visión se aprecia en la conversación que mantienen el capitán Muñoz y Napoleón:

“¿Por qué lo hicieron capitán? [...] ¿Por qué hicimos qué, Sire? Aquello de Sbodonovo, ya sabe. [...] Unos cuantos porqués sí tenía nuestro capitán en la punta de la lengua. Por ejemplo: porque pretendíamos largarnos y se nos fastidió el invento, Sire. Porque ya está bien de tanta gloria y tanta murga, tenemos gloria para dar y tomar, gloria por un tubo, Sire. Porque esto de la campaña de Rusia es una encerrona infame, Sire. Porque a estas horas tendríamos que estar en España, con nuestros paisanos y nuestras familias, en vez de estar metidos hasta las cejas en esta puñetera mierda, Sire. Porque la Frans nos la trae floja y Vucencia nos la refanfinfla, Sire.” (116)

A través de la desmitificación de la guerra y la muerte del heroísmo, Pérez-Reverte nos presenta su ideología desencantada de la guerra, y también su desilusionada visión del proceso democrático de un país que parece estar fracasando en su proyecto de asimilación e integración en Europa. Este fracaso —según el autor—, se debe a la ineptitud y a la corrupción de una clase política —sobre todo el PSOE— que traicionó sus ideales cuando cambió su política europeísta, y se alió con los partidos catalanes y vascos en las elecciones de 1993 que permitieron que Felipe González fuese investido como presidente del gobierno.

### 4.2.3 *Territorio comanche*

*Territorio comanche* es también un relato desmitificador de la guerra pero esta vez basado en experiencias personales del autor, quien trabajó como reportero de guerra en numerosos conflictos. El mismo autor nos da una definición en el libro de lo que significa este territorio comanche:

“Para un reportero en una guerra, ése es el lugar donde el instinto dice que pares el coche y des la media vuelta. El lugar donde los caminos están desiertos y las casas son ruinas chamuscadas; donde siempre parece a punto de amanecer y caminas pegado a las paredes, hacia los tiros que suenan a lo lejos, mientras escuchas el ruido de tus pasos sobre los cristales rotos. El suelo de la guerra está siempre cubierto de cristales rotos. Territorio comanche es allí donde los oyes crujir bajo tus botas, y aunque no ves a nadie sabes que te están mirando. Donde no ves los fusiles, pero los fusiles sí te ven a ti.” (Pérez-Reverte *Territorio*: 17)

Pérez-Reverte —como testigo presencial de la guerra y como alguien que ha vivido el horror en carne propia—, nos muestra una visión mucho más cruda y cruel del conflicto bélico, en el que el alegato contra la guerra y la barbarie se recrudece:

“El horror. [...] La gente no tiene ni puta idea [...]. Junto a cantamañanas que no han peleado jamás por un mendrugo de pan, ni oído gritar a una mujer cuando la violan, ni se les ha muerto nunca un crío en los brazos [...]. El horror es algo tan simple como la mirada de un niño, o el vacío en la expresión de un soldado al que van a fusilar. O los ojos de un perro abandonado y solo que te sigue cojeando entre las ruinas, con la pata rota de un balazo, y al que dejas detrás avergonzado, porque no tienes valor para pegarle un tiro.” (118-119)

De esta manera, se aprecia de nuevo su visión desencantada de la guerra, pero en este libro se intensifica ese punto de vista, con ataques más directos a Europa y al gobierno español, sobre todo al ministro de exteriores del periodo, Javier Solana —que políticamente era el jefe de la OTAN (1995-1999) —, y que se convertiría en el ministro de exteriores y de seguridad común de la Unión Europea (1999-2009):

“*Vemos la crisis con razonable optimismo*, había declarado el ministro español de Exteriores días antes de que los serbios atacaran Vukovar. *Habrá que hacer algo un día de estos*, declararon sus colegas europeos cuando la segunda parte empezó en Sarajevo [...]. Habían tardado tres años en reaccionar, y lo hicieron chantajeando a los musulmanes bosnios para que aceptasen el hecho consumado de la partición del país; cuando ya nadie podía devolver la dignidad a las niñas violadas, ni la vida a las decenas de miles de muertos.” (67-68)

Es importante señalar que en esta época —concretamente en 1991—, Pérez-Reverte deja de ser un periodista “de salón”, de opinión —en el que obviamente el tema político suele aparecer como trasfondo que habla solamente sobre problemas internacionales—, a ser un periodista político, ya que comienza a publicar artículos en *XLSemanal* —semanario del periódico ABC— en el que realiza crudas reflexiones políticas y sociales sobre la España contemporánea. Son famosas sus diatribas políticas contra la clase política, la España de las naciones, el sistema de educación, el europeísmo virtual, el feminismo, etc. Partes de *Territorio comanche* parecen ser el reflejo de algunas de las opiniones de sus artículos en *XLSemanal*:

“Los métodos más sucios fueron puestos en práctica, ante la pasividad cómplice de una Europa incapaz de dar un puñetazo a tiempo sobre la mesa y frenar la barbarie. Esa diplomacia europea sin pudor y sin redaños, gratificando la agresión serbia con la impunidad, poniendo parches a toro pasado, hizo que primero croatas y después musulmanes bosnios se subieran al carro de la limpieza étnica y el degüello. Puesto que la canallada es rentable, se dijeron, seamos canallas antes que víctimas camino del matadero.” (Pérez-Reverte *Territorio*: 99)

Por ello, *Territorio comanche* es la obra en la que, aunque todavía existe una ideología desencantada de la guerra —representada como cruel y bárbara—, el autor empieza a demostrar su disgusto con la clase política española y su actuación en Europa, tanto en temas económicos como sociales y bélicos. Esta visión se recrudecerá tremendamente en las siguientes novelas analizadas en esta tesis, en las que no sólo realiza un ataque crudo y directo contra Europa y España, sino que la guerra —aunque

sigue siendo vista como algo aberrante—, se considera necesaria para crear “nuestra” historia nacional y recuperar la identidad “perdida”.

### **4.3 Ideología reactivada: *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El asedio***

#### **4.3.1 *Cabo Trafalgar***

*Cabo Trafalgar* fue publicado en 2004, coincidiendo prácticamente con la celebración del bicentenario de la batalla de Trafalgar, en 2005. Pérez-Reverte comenta en una entrevista sobre la celebración del bicentenario de dicha batalla:

“Éste es un país de mierda, pero sería excesivo que el año que viene no se recuerde Trafalgar [...]. La batalla no puede pasar inadvertida. Y no sólo por el combate, sino por lo que significa, por lo que implica sobre nosotros mismos, sobre nuestra historia, sobre nuestra memoria, sobre nuestro presente.” (Pérez-Reverte, en Anónimo: s.p.)

Para Pérez-Reverte, conmemorar una batalla no significa celebrarla, sino recordarla, ya que según el autor: “somos lo que somos, porque fuimos lo que fuimos [...]. Y palabras como Trafalgar o la Guerra de la Independencia son pretextos estupendos para mirar hacia atrás” (Anónimo s.p.). ¿Qué podemos aprender entonces de la batalla de Trafalgar según el autor? Para Pérez-Reverte: “Trafalgar es una ignominia, es uno de los puntos de mayor abyección y bajeza española. Godoy, que es un político miserable y servil, manda a la muerte a un montón de hombres que no tienen nada que ver con él para complacer a Napoleón. Eso es tan español que da asco reconocerlo” (s.p.).

Después de leer este comentario es inevitable no encontrar similitudes con la situación política de la España actual, como la retrata en *Territorio comanche*, en la que

destaca la corrupción e incompetencia de los partidos políticos. En el año 2004 regresa al poder el PSOE tras derrotar al Partido Popular (PP) que estuvo gobernando el país desde 1996. La crisis económica, unida a los escándalos de corrupción del PSOE y del GAL —grupo armado por policías y mercenarios contratados por el gobierno—, llevaron a que Felipe González perdiera las elecciones de 1996. En esta novela existe un evidente paralelismo entre los conflictos sociales y políticos de la España del primer tercio del siglo XIX y la del felipismo. Esa corrupción socialista está reflejada para el autor en la incompetencia del gobierno de Godoy y del rey Fernando VII:

“El estado comatoso en el que andan España y su Marina tiene que ver con los grandes intereses de otras naciones, pero también con enjuagues de personajillos de tercer orden, miserables intrigas cortesanas, medros particulares y , sobre todo, la absoluta incapacidad del gobierno puesto en manos de Manolito Godoy.” (Pérez-Reverte *Cabo*: 45)

El desencanto político y social de Pérez-Reverte es también evidente cuando menciona situaciones como ésta:

“Corrupción en todas partes, oficiales expertos pero desmotivados y sin cobrar sus pagas, marineros esclavizados pero sin preparación y sin incentivos, obligados a servir durante media vida sin otro futuro que la muerte, la mutilación, la mendicidad y una vejez miserable [...] Y encima aquí de postre, tenemos un rey abúlico, una reina más puta que María Martillo y su amante, Godoy, príncipe de la Paz, [...] lamiéndole un día sí y otro también el ciruelo a Napoleón con los tratados de San Ildefonso.” (37)

Al comparar partes del texto de *Cabo Trafalgar* con las reflexiones que el autor realiza en sus artículos del *XL Semanal* se aprecia claramente las similitudes y equivalencias que el autor lleva a cabo entre el gobierno de Godoy y el gobierno socialista (PSOE), así como el ataque directo que el autor efectúa contra el felipismo y las consecuencias de su mala administración y la traición a sus ideales políticos:

“Lo que algunos no podremos perdonar al Partido Socialista Obrero Español es que con su soberbia, su cobardía y su desmedido afán por trincar, hiciera posible el aterrizaje de una derecha, débil para más inri, que por asegurarse una o dos legislaturas es capaz de vender hasta el rosario de su madre [...]. Y España [...] en este momento es un país sometido al saqueo de las derechas, tanto la de los morigerados meapilas que ejercen nominalmente el poder central, como la derecha catalana y la derecha vasca. Porque [...] esto no es más que un pasteleo de compadres de derechas, un enjuague de golfos insolidarios, de políticos que huyen hacia adelante, de trileros dispuestos a dismantelar el Estado en beneficio de los mercachifles de siempre.” (Pérez-Reverte *Patente*: 509)

Este desencanto político reactiva la ideología de Pérez-Reverte, en la que se aprecia una visión nacionalista y conservadora donde se utiliza la historia y la guerra para crear una supuesta identidad nacional perdida. En esta segunda etapa, las batallas son consideradas como una herramienta para crear la Historia, y aunque siguen siendo un hecho bárbaro y violento, son necesarias para crear y recuperar la memoria histórica, y el concepto de nación que parece, que se ha olvidado en un presente sin Historia:

“Somos el único país donde conmemorar batallas no sólo está mal visto, sino que permite, a la panda de mercachifles y payasos de que tan sobrados andamos, sacar fuera la mala leche, el oportunismo, la insolidaridad y la incultura que, precisamente, crearon campos de batallas. Acostumbrados a confundir Historia con reacción, memoria con derechas, pacifismo con izquierda, guerras con militarismo, soldados con fascistas, cualquier iniciativa para rescatar la memoria, el coraje y la dignidad de quienes lucharon y murieron por una idea, por una fe o simplemente arrastrados por el torbellino de la Historia tropieza siempre con un muro de estupidez y demagogia.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 422)

Por lo tanto, su idea centralista de España es la de una nación unida bajo una sola lengua: “Una lengua hija de treinta siglos, intensa y diversa, junto a la que la usada por Shakespeare no es sino un balbuceo elemental de pueblos bárbaros” (Pérez-Reverte *Patente*: 621-622); y un solo imperio: “No es verdad que haya muchas Españas. Hay una sola, llamada así hace ya veinte siglos por los romanos. Que eran unos invasores y unos cabrones, vale. Pero que, por suerte para los invadidos, nos hicieron pasar de la tiniebla

prehistórica —esa que añoran ciertos imbéciles— al progreso y al futuro” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 181). Y esta nación sólo puede ser creada por el “pueblo” ya que según el autor tenemos un gobierno de ineptos e incompetentes:

“Pero Trafalgar también demuestra que la dignidad no la tienen los gobiernos, sino los pueblos. Incluso con políticos indignos y canallas hay pueblos que dan lecciones de dignidad. Eso ocurrió en el 11-M y ha ocurrido un montón de veces, como en Trafalgar. Esa gente que ha subido a los barcos sin tener experiencia, reclutada en las tabernas, en las cárceles y en los hospitales como carne de cañón, luego pelea con una habilidad y un coraje increíbles.” (Pérez-Reverte, en Anónimo s.p.)

Sin embargo, como comenta de Urioste, Pérez-Reverte parece olvidar que su ética moral no se corresponde con los valores de la sociedad actual:

“Pérez-Reverte parece obviar que en España, como consecuencia de los nuevos tiempos democráticos, la ética superior —formulada en un conjunto de virtudes heroicas distintivas de ciertas clases sociales— ha desaparecido, siendo sustituida por nuevos valores tales como la comodidad, el bienestar y el narcisismo.” (De Urioste 136-137)

De este modo, Pérez-Reverte hace hincapié en la diferencia entre esa ética superior de una sociedad desaparecida y la sociedad democrática actual, examinando y degradando los principios de la actual sociedad igualitaria a través de la exaltación y recuperación de los principios de una ética superior anterior. Según de Urioste, en los artículos de Pérez-Reverte esa sociedad del siglo XXI se presenta como “[...] la época del triunfo del dinero, el caos y el desorden en retroceso y en comparación al siglo de las ideas (XVIII), al de la revolución y de la esperanza (XIX) y al del fracaso de las ideologías (XX)” (137). Es curioso como el autor se presenta en sus artículos como una persona del pueblo, tratando temas de interés popular, pero al mismo tiempo se identifica con un código moral en el que difícilmente se puede reconocer el pueblo actual, ya que esos

valores éticos y morales están totalmente en desuso. Esta misma ética de sus artículos aparece en *Cabo Trafalgar*:

“Y todo eso, piensa amargo Carlos de la Rocha, y lo anterior, y lo de siempre, a pesar de los malos gobiernos, el desorden y la desidia, lo ha hecho la gente. Esa misma pobre gente. Hombres mal pagados, mal tratados, como los que hoy luchan en el Antilla. Infelices buenos vasallos que nunca tuvieron buenos señores.” (Pérez-Reverte *Cabo*: 185)

Es importante destacar como ante la defensa del pueblo, Pérez-Reverte hace referencia a la conocida frase del Cid, “Dios que buen vasallo si hubiera buen señor”, personificando de este modo al pueblo en la figura del Cid, considerado como el principal representante de la tradición y de la defensa del Estado. De esta manera, en *Cabo Trafalgar* se aprecia una ideología reactivada por lo que él considera la ineptitud y la corrupción de los partidos políticos actuales, que intensifica su visión castiza de la identidad: la defensa del imperativo español y la noción de una España eterna (Pedrós-Gascón 25).

#### **4.3.2 *Un día de cólera***

*Un día de cólera* fue publicada en 2007, fecha cercana a la celebración del bicentenario de la Guerra de la independencia. Esta celebración causó bastante polémica entre los ciudadanos españoles:

“Mientras los tradicionalistas vieron el bicentenario de la Guerra de la Independencia como una ocasión para celebrar el nacionalismo centralista español, los separatistas y autonomistas rechazaron esa narrativa, enfatizando las diferencias regionales, la independencia y el europeísmo.” (Miller 80)

Stephen Miller afirma que la intención de Pérez-Reverte al escribir esta novela no es hacer del bicentenario de la Guerra de la Independencia española un evento político.

Su único propósito, para este crítico, es el de recordar y honrar los sacrificios de aquellos que lucharon y murieron en 1808 en Madrid (82). Sin embargo, es ingenuo pensar —tras leer todos los artículos y las novelas de Pérez-Reverte— que detrás de sus historias y reflexiones no se esconda una ideología política bastante conservadora y nacionalista.

“Acuérdate siempre de que hemos nacido españoles. Ojalá todos lo hubiéramos hecho... Ojalá todos nos hubiéramos acordado de lo que somos” (Pérez-Reverte *Día*: 393). Éste es el mensaje principal que nos envía Pérez-Reverte en *Un día de cólera*. Según el autor, el principal problema de la sociedad española contemporánea es la desmemoria y la falta de identidad, perdida por culpa de un gobierno incompetente que nos ha negado el conocimiento de la “verdadera Historia”:

“Algunos imbéciles han decidido que la España que conocemos desde hace quinientos años está mal construida, que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no captaron la esencia del asunto, y que la única vía hacia una España feliz y auténtica es la liquidación del Estado y su sustitución por una confederación de naciones y nacioncillas donde cada perro se lama con sonoros lengüetazos su cipote. Esos cinco siglos de error histórico, el partido en el gobierno está dispuesto a despacharlos en una legislatura, sin despeinarse.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 523)

Otero-Blanco afirma que “[...] con el Dos de Mayo se consolidó, social e institucionalmente, el enfrentamiento ideológico entre, por un lado, la España tradicional, aristocrática y clerical, y, por otro lado, la España liberal, progresista y moderna” (58), lo que se conoce en historiografía como “las dos Españas.” No coincido totalmente con la opinión de Otero-Blanco, ya que pienso que al leer *Un día de cólera* el lector tiene la impresión de que es solamente una sola España —unida por el fervor popular—, la que lucha contra los franceses. Aparte del personaje José María Blanco White, y una breve mención de Francisco de Goya y Leandro Fernández de Moratín, son pocos los liberales

que aparecen en este libro. Estos personajes se parecen a Álvaro de Vigal, ya que también se debaten entre su patriotismo y la defensa de sus ideales liberales:

“Se debate entre dos sentimientos que serán el drama amargo de su generación: unirse a los enemigos del papa, de la Inquisición y de la familia real más vil y despreciable de Europa, o seguir la simple y recta línea de conducta que, dejando aparte lo demás, permite a un hombre honrado elegir entre un ejército extranjero y sus compatriotas naturales.” (Pérez-Reverte *Día*: 349)

La diferencia con *El húsar* es que en *Un día de cólera*, se critica fuertemente ese debate ideológico y la indecisión ante una elección clara para el autor, presentando a estos personajes como traidores del ideal de nación y de patria:

“Este doble sentimiento imposible de conciliar explicará que, en los tiempos que están por venir, el más brillante literato de España ponga su talento al servicio de Murat y el futuro rey José, y adule a éstos y a Napoleón como hizo antaño con Carlos IV y con Godoy. Del mismo modo que más adelante, [...] adulará tanto la Constitución de Cádiz como a Fernando VII, buscando una rehabilitación imposible [...]. Moratín morirá en París amargado y estéril, atormentado por haber traicionado a una nación a la que dio su obra literaria, pero a la que no supo, ni quiso, acompañar en el sacrificio [...]. Uno de sus biógrafos hará un resumen de su carácter que podría servirle de epitafio: *Si cambió de parecer, es porque nunca lo tuvo.*” (387)

En este comentario se aprecia una similitud innegable entre la actitud de Moratín y lo que el autor considera que hace la intelectualidad y la clase política española actual, a quienes Pérez-Reverte critica severamente por la deslealtad a los ideales y falta de compromiso político: “Algunos creemos, que la cultura no puede estar en manos de ministros analfabetos y/o incompetentes que desde hace décadas y legislaturas se vienen dejando romper el ojete con una sonrisa, no vayan a llamarlos, por Dios, intransigentes y fascistas” (Pérez-Reverte *Ánimo*: 118-119). Ante esta situación, Pérez-Reverte vuelve sus ojos a la Historia para encontrar en ella las raíces de nuestro país, que ha perdido su identidad ante la proliferación de los nacionalismos periféricos (Amell 2009: 39):

“Porque España, a ver si nos enteramos de una puta vez, no ha existido nunca; o como mucho se la inventaron a medias Felipe II y Franco. España —disculpen que recurra de nuevo a la abyecta palabra— no es más que un ente de ficción, una quimera, una sombra, una aberración. Un nombre que de ser nombre se asombra.” (Pérez-Reverte *Patente*: 562)

Es curioso observar como ante tales afirmaciones siguen existiendo críticos que niegan la defensa que Pérez-Reverte profesa al centralismo y al tradicionalismo, y que se indignan ante los “cretinos” que lo acusan de tener ciertos ideales nacionalistas, tradicionalistas e imperialistas —cuando la nota predominante de la dictadura franquista fue esos mismos ideologemas:

“La Corona de España era innegablemente la potencia hegemónica en el mundo occidental, algunos comentaristas mal advertidos o directamente aviesos, por malicia o por ignorancia, [...] han confundido la actitud del novelista con una exaltación de las glorias hispánicas en la línea del más rancio tradicionalismo español y más específicamente se le ha llegado a tildar de franquista.” (Montaner Frutos 83)

En *Un día de cólera* también se aprecia un evidente cambio ideológico, en el que de una ideología desencantada pasa a una reactivación de una ideología basada en la defensa de la nación, y en la justificación de un proyecto que excusa toda barbarie en nombre de una nación unida bajo una misma lengua, y una sola Historia, que los partidos políticos parecen haber olvidado:

“Haciendo que todo cuanto suena a pasado, a batallas, a descubrimientos, a memoria, parezca de derechas [...]. Ocultando que España tuvo agarrado al mundo durante dos siglos por el pescuezo, y que Europa, cuando se hizo, se hizo precisamente contra una nación bronca, difícil, peligrosa hacia fuera y puñetera hacia dentro, que ya entonces, con un par de huevos, se llamaba España.” (Pérez-Reverte *Ánimo*: 65-66)

Para reconstruir esa nación y recuperar nuestra identidad nacional, Pérez-Reverte realiza una re-españolización de España, es decir, una reafirmación de los valores

castizos de nuestra sociedad. Para ello, además de atacar a Europa y a los nacionalismos periféricos, propone una recuperación del héroe y de los mitos nacionales:

“Los personajes de las novelas históricas de Reverte son un claro exponente de la vuelta a unos modelos identitarios que recuerdan al 98, y responden al progresivo conservadurismo político español, manifestándose elocuentemente en la figura del héroe —clara respuesta a la primera visión liberal que se produjo con la llegada de la democracia, la institucionalización del PSOE, y la europeización de la sociedad española.” (Pedrós-Gascón 29)

En *Un día de cólera*, estos mitos nacionales están representados en la figura de los capitanes Luis Daoiz y Pedro Valverde, quienes personifican los ideales del héroe español tradicional y nacionalista. Estos personajes nos recuerdan al Cid— personaje mítico por excelencia del nacionalismo castellano, que aparece citado tanto en las novelas como en los artículos del autor—, que representa el amor patrio incondicional, el protagonismo colectivo, la glorificación de la muerte y del sacrificio individual o colectivo. Todos son mitos nacionales cuya función es mantener la integridad de la patria a través de un espíritu de sacrificio y unidad colectiva:

“¿Qué más da, por ejemplo, que la espada del Cid Campeador, a la que el ministro de Cultura español ha puesto los pavos a la sombra, sea auténtica o no lo sea? [...] Si durante varios siglos la Tizona fue admirada como tal, dejémosla estar [...]. Los pueblos también necesitan mitos y leyendas para ir tirando, para componer imaginarios colectivos.” (Pérez-Reverte *Cuando*: 296)

La razón de esta mitificación según Isabelle Touton es que Pérez-Reverte parece temer que las instituciones se apropien de la memoria popular y natural que existiría fuera de toda perspectiva política. Además Touton añade: “Pero ahí radica el problema: el lugar histórico natural y auténtico, la memoria colectiva espontánea no son los mitos” (Touton 2004: 617). Por eso, parafraseando a Isabelle Touton, Pérez-Reverte se subleva ante los historiadores, ataviado de la legitimidad de aquel que siente, que ha visto y ha

experimentado la guerra, de aquel que ama a su país y a su gente (Touton 2004: 617-618).

En *Un día de cólera*, así como en *Cabo Trafalgar*, existe una reactivación de una ideología nacionalista a través de la mitificación del héroe español y de la predilección por los valores de antaño que el autor esconde —intencionadamente o no—, tras dicotomías que confunden tanto a los críticos como a sus lectores:

“Valga la extensión de la cita para poner de manifiesto la anfibología del pensamiento revertiano, donde a pesar de la negación el lector puede apreciar la supremacía otorgada a los tiempos áureos, a través de la defensa de una ideología nacional católica frente al menosprecio de los tiempos actuales dominados en su opinión por la pragmática del materialismo.” (De Urioste 143)

### **4.3.3 *El asedio***

“Pues lo que los españoles hemos sido siempre, incluso en los mejores momentos de nuestra historia —bellos motines y heroicas asonadas—, es una pandilla de sanchopanzas analfabetos, insolidarios, proclives al escopetazo cainita con posta lobera, que sólo encontramos unidad a la hora de la envidia, el degüello o el linchamiento.” (Pérez-Reverte *Patente*: 238)

Dicha representación cainita del pueblo español aparece personificada perfectamente en *El asedio* a través del conflicto entre los liberales —creadores de la constitución y partidarios de la soberanía popular—, y los conservadores, defensores del regalismo. Este conflicto, según Pérez-Reverte, ha sido una constante en nuestra Historia, y sigue vigente hoy en día en la lucha entre los partidos de izquierdas y de derechas: “Y ése es el verdadero problema. El pudrimiento de ciertas palabras y los treinta siglos que simbolizan: tres mil años de extraordinaria herencia dilapidada por izquierdas y derechas incapaces de comprenderla y conservarla.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 525)

De ahí que Pérez-Reverte se rebele por la pérdida de memoria de la sociedad española causada por la incompetencia y la mala fe de los políticos. Por eso el autor vuelve sus ojos a la Historia, idealizando un pasado que para muchos nunca existió. Un pasado que le contaron sus abuelos y que le transmitieron unos valores que le permitieron construir su personalidad, y que fueron el elemento fundamental de la identidad del autor:

“Si en España cada uno tiene su patriotismo [...] el mío es una especie de solidaridad vaga y agridulce; un sentimiento melancólico hecho de viajes, de libros, de viejas piedras y de años infantiles escuchando, [...] la memoria—por suerte amplia y liberal— de mis abuelos.” (Pérez-Reverte *Cuando*: 427)

Este concepto de patriotismo ha ido evolucionando a lo largo de su obra debido sobre todo al desencanto del autor con lo que considera actitud desleal y vergonzosa de la clase política. En el artículo “Corbatas y don de lengua”, Pérez-Reverte se ríe de la actuación de estos políticos en el Parlamento europeo, y comenta con ironía cómo el representante de Esquerra Republicana de Catalunya realiza su intervención en francés y el representante de Batasuna en inglés. Ante este panorama el autor se declara “apátrida” y comenta que cuando viaja intenta pasar inadvertido, y cuando le preguntan por su nacionalidad afirma: “Yo soy apátrida. Primero por vergüenza, y luego por dignidad. O sea que realmente hay días que me levanto y no sé de dónde coño soy” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 84). Más adelante afirma asimismo que esos políticos son los que definen lo que es España:

“Un concepto difuso, vergonzoso e intrínsecamente perverso, donde las únicas identidades históricas y culturales respetables son las que esos nacionalismos poseen, o se inventan [...]. Y lo más insólito es que a la palabra España, que lleva circulando veinte siglos, le hayan vaciado de contenido con tan pasmosa facilidad y sin esfuerzo, gracias a una eficaz combinación de astucia y estupidez: astucia para rentabilizar fanatismo propio y estupidez ajena. Todo eso, cociéndose entre una clase política a menudo inculta, acoplejada, bajuna, tan miserable cuando gobierna como cuando rumia revanchas de tuertos y ciegos en la oposición.” (86)

La representación de estos políticos aparece en *El asedio* a través de una dura crítica a los diputados de las Cortes liberales de Cádiz:

“Estas Cortes son todo pedir y poco dar. Fíjate en el millón de pesos que nos exigen a los comerciantes de la ciudad para el esfuerzo de la guerra. ¡Después de lo que nos han sacado ya!... Mientras tanto, un consejero de Estado se embolsa cuarenta mil reales al mes, y un ministro ochenta mil [...].” (Pérez-Reverte *Asedio*: 67).

“Se notifica que las Cortes han aprobado, a propuesta de la Regencia, que la ciudad contribuya con doce millones de pesos mensuales al mantenimiento de las fuerzas navales y las fortificaciones. Nos están sangrando, protesta alguien a voces. Con rey o sin él, seguimos igual.” (388)

Es interesante observar cómo los personajes liberales de la novela se expresan sobre las Cortes de una forma negativa, e incluso los que la defienden, como Lolita Palma, lo hacen por intereses económicos, que terminarán llevando a la muerte al capitán Lobo. Este hecho muestra el desencanto de Pérez-Reverte con una clase política falta de ideales cuyo único propósito es sacar partido de su posición privilegiada:

“Seguimos siendo tan fieles a lo que somos, que a falta de Reyes que nos des gobiernen, de curas que nos quemén o rijan nuestra vida, de generales que prohíban libros y nos fusilen al amanecer, hemos sabido dotarnos de una nueva casta que, acomodándola al tiempo en que vivimos, mantiene viva la vieja costumbre de chuparnos la sangre.” (Pérez-Reverte *Cuando*: 208)

Si bien el contexto histórico de la novela es el de las Cortes de Cádiz, es evidente que Pérez-Reverte lo equipara con lo que él considera la actitud desleal del PSOE y el PP en el periodo actual, ya que ambos partidos tuvieron que pactar con las minorías nacionalistas (CIU y PNV) para poder acceder a la presidencia del gobierno. Esta situación se representa claramente en *El asedio*: “Es sólo una ausencia de sistema... desastre de una administración anticuada, incapaz y acabada de dislocar por la guerra, que amenaza con romper los lazos de fraternidad que deben unirnos a los españoles de ambos mundos.” (Pérez-Reverte *Asedio*: 376)

Según el autor este desolador panorama nunca cambiará: “¿Y saben qué les digo? Que ahí estarán [...] diciendo sin despeinarse lo contrario de lo que decían hace un mes, como si los lectores y los oyentes y los telespectadores fuésemos gilipollas.” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 360)

Si la situación siempre ha sido y será la misma, ¿por qué volver la vista atrás e intentar imitar una ética inquebrantable que parece ser que nunca existió? Para Isabelle Touton, las novelas del autor se refieren a “una anterioridad ahistórica, imaginaria, la nostalgia de un “antes” que nunca ha existido que cabe percibir también en algunos artículos del autor” (Touton 2007: 1033). La impresión que dan las novelas del autor es que no ha habido ningún progreso entre la sociedad de entonces y la de ahora. Así que hay una nostalgia basada en una visión idealizada del pasado, de un pasado del que habla el autor, que parece ser un tanto utópico.

Por lo tanto, Pérez-Reverte presenta una concepción maniquea del mundo, una concepción antitética de la existencia en la que sólo existen extremos: el bien y el mal, los buenos y los malos, la paz y la guerra, etc. Esto se debe a la insatisfacción y el inconformismo que siente el autor cuando contempla el mundo contemporáneo, y la falta de principios y valores sólidos de la sociedad actual. De ahí la añoranza por un pasado donde se valoraban y se preservaban los valores auténticos que atribuye a los que hicieron y defendieron España como nación unida y gloriosa (De Urioste 2006: 141).

Hayden White, se interesó en estudiar cómo las posturas ideológicas aparecen en los intentos que los historiadores realizan para explicar la historia y para construir su discurso, y en cómo el modelo verbal utilizado en dicho discurso nos indica la ideología del historiador:

“Commitment to a particular form of knowledge predetermines the kinds of generalizations one can make about the present world, the kinds of knowledge one can have of it, and hence the kinds of projects one can legitimately conceive for changing that present or for maintaining in its present form indefinitely.” (21)

Según la afirmación de Hayden White, podemos concluir afirmando que Pérez-Reverte, al volver sus ojos hacia el pasado e intentar analizar el presente de una forma coherente, incide inexorablemente en implicaciones ideológicas, las cuales no tienen porqué coincidir con la ideología de un determinado partido político actual, pero sí con una concepción del mundo que cada vez se acerca más al tradicionalismo nacionalista.

## 5. CONCLUSIÓN

“España no lleva 500 años, lleva 2000 años de memoria a cuestas y cuando se niega la existencia de España como entidad, como país o como lo que sea, me produce una amargura indecible porque es olvidar nuestra historia y nuestra memoria.” (Pérez-Reverte, en Urrero 2007)

Las novelas históricas de Pérez-Reverte —sobre todo las estudiadas en esta tesis—, están escritas con la intención de recuperar esa historia y esa memoria a la que se refiere el autor en la cita anterior, para de este modo rescatar una España que parece haberse perdido en la vorágine del pasado. El problema de nuestro autor es que parece no tener claro los orígenes de lo que hoy conocemos como España. Si en la cita anterior Pérez-Reverte afirma que España no tiene 500 años de historia, en otro artículo opina todo lo contrario: “Algunos imbéciles han decidido que la España que conocemos desde hace quinientos años está mal construida, que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no captaron la esencia del asunto” (Pérez-Reverte *Cogeréis*: 523); para seguidamente en el mismo artículo, volverse a contradecir: “Y ése es el verdadero problema. El pudrimiento de ciertas palabras y los treinta siglos que simbolizan: tres mil años de extraordinaria herencia dilapidada por izquierdas y derechas incapaces de comprenderla y conservarla” (525).

Quizás esta actitud se deba a la compleja relación que los españoles— como otros pueblos europeos—, han tenido siempre con su historia, relación que se agudizó con la crisis del noventa y ocho durante la cual el español necesitaba más que nunca una historia vista como un pasado glorioso. Si tenemos en cuenta la disputa historiográfica de la que hablamos en el tercer capítulo de esta tesis entre Claudio Sánchez Albornoz —representante de la historiografía tradicional—, y Américo Castro —representante de

la historiografía liberal—, se observa que Pérez-Reverte parece coincidir, por un lado, con la historiografía tradicionalista al afirmar que España es una nación con tres mil años de historia, y al acogerse a los mitos para recuperar esa historia. Pero por otro lado, no coincide con la versión tradicionalista de Sánchez Albornoz en cuanto a la importancia de la influencia árabe en nuestra idiosincrasia, ya que Pérez-Reverte ha comentado en varias ocasiones que somos más moros que europeos, en sintonía con el pensamiento tardío de Unamuno:

“La palabra moro está tan vinculada a nuestra historia, nuestra sociedad, nuestra geografía, nuestra literatura, que raro es el texto, relación, documento jurídico antiguo u obra literaria clásica española donde no figura [...] Y tan vinculada está a lo que fuimos y somos, y a lo que seremos, que sin ella sería imposible explicar este lugar, antiquísima plaza pública cruce de pueblos, naciones y lenguas, al que llamamos España.” (Pérez-Reverte “Moros”: s.p.)

Al afirmar también que España tiene 500 años como nación y defender su herencia islámica parece acercarse a la interpretación histórica liberal de Américo Castro, pero el hecho de ser un fuerte defensor de los mitos nacionales lo aleja definitivamente de la interpretación liberal de la historia de Castro. Este historiador creía que los españoles debían hacer frente a su *morada vital* —lo histórico de la vida humana— y aceptarse a sí mismos, dejando a un lado su complejo de inferioridad o neurosis nacional, que Castro denomina *la historia de la inseguridad*. Para ello, los españoles tenían que dejar de vivir en un mundo de mitos y residir en el mundo real, para poder de este modo incorporarse y adaptarse a la Europa moderna (King 124).

Aunque Pérez-Reverte y Américo Castro coinciden en que la incompreensión y el autoengaño de los españoles con su propia historia llevaron a la pérdida de la identidad nacional, Castro no basó su concepto de historia en el elogio de las glorias nacionales,

sino que se dedicó al barrido de dichos mitos. Además, Américo Castro intentó explicar el proceso histórico fuera de esa ideología, intentado unir a los españoles bajo una experiencia común, en vez de dividirlos con conceptos como el de “las dos Españas” (Márquez Villanueva 129).

Américo Castro siempre se opuso incesantemente a la dicotomía de “las dos Españas.” Esta dicotomía se intensificó después de la guerra civil española, que dividió al país en dos bandos con unas ideologías diferentes e irreconciliables. Según Gumbrecht, tras la muerte de Franco y —especialmente durante la transición democrática— “[...] nace una nueva tensión entre la codificación clásica-ideológica de la identidad española y otra codificación política” (100). Esta segunda codificación se refiere a la contraposición de una cultura nacional que se presenta como “castellana” y homogénea, y a las tendencias independentistas de los nacionalismos periféricos. Y es esa contraposición la que más destaca y ataca Pérez-Reverte, tanto en sus artículos como en sus novelas.

De este modo, Pérez-Reverte se aleja de la interpretación liberal de Américo Castro, quien invitó a aceptar un nuevo concepto de identidad nacional en el que el español debe adaptarse a nuevas situaciones e implantar nuevos procedimientos, nuevas instituciones y nuevas formas de comportamiento sin perder su idiosincrasia. En contraposición con estas ideas, Pérez-Reverte parece querer aferrarse a un pasado que no nos representa en el presente, y se niega a aceptar los cambios de una sociedad moderna y diversa, acercándose de esta manera a una interpretación tradicionalista y positivista de la Historia. Es curioso como el autor parece olvidar que lo mismo está ocurriendo en Bélgica, Inglaterra, Italia, las antiguas Checoslovaquia y Yugoslavia...:

“En puertas del siglo XXI todo eso es tan normal, tan de exquisito respeto a la multipluralidad plural del pluralismo plurinacional plurilingüe y pluriforme de

este país tan plural que existió, que Europa y el mundo entero nos miran con pasmo, preguntándose cómo no se les ha ocurrido antes a ellos ese invento chachi de disolver una entidad histórica en seis meses y que cada perro se lama su órgano.” (Pérez-Reverte *Patente*: 564)

Interpretar el pasado histórico, comprender el presente y prever racionalmente el futuro, basándose en los instrumentos de una nueva ciencia (la física social o sociología) es una de las funciones del positivismo (Díaz-Polanco 25). Y esto es precisamente lo que realiza Pérez-Reverte en sus novelas históricas. El autor, a partir de un enfoque positivista, construye un sistema que intenta integrar las etapas del pasado con la situación del presente, a fin de entender hacia dónde marcha la humanidad, y cómo ésta puede aprender de un pasado que entiende dio estabilidad y armonía a la sociedad humana.

Esta fascinación por la cuestionada o fantasmática estabilidad del pasado y la búsqueda de la sociedad ideal es una de las características del positivismo que se observan en las novelas del autor. Y esta sociedad ideal se puede alcanzar a través del análisis de hechos reales verificados por la experiencia, ya que el positivismo supone que el conocimiento tiene su origen en la acción mutua del individuo y de su medio (físico o social) y, entonces, en la experiencia del individuo (Meza Cascante 2). En consonancia con esta idea, Pérez-Reverte siente que sus interpretaciones históricas y bélicas se deben considerar válidas, porque proceden de su experiencia no sólo como reportero de guerra sino como ávido lector de libros de historia.

Para Pérez-Reverte —al igual que para los positivistas—, la realidad está dada, y sólo a través del conocimiento se puede descubrir esa realidad. Por eso en su obra priman las pruebas documentadas, minusvalorando, al igual que los positivistas, las

interpretaciones generales. Además, intenta —o al menos eso es lo que afirma el propio autor— ubicarse en una posición neutral, despojándose de todo valor ético que pueda influir en los resultados de su investigación, ya que el sujeto de la investigación —según los positivistas— debe ser capaz de desprenderse de sus sentimientos y subjetividad para poder presentar la realidad social y humana desde fuera (Meza Cascante 5): “Sólo los muy estúpidos o arrogantes pretenden fijar unas reglas éticas o morales en el universo rico que es la literatura.” (Pérez-Reverte, en Europa Press: s.p.)

Otra característica positivista de las novelas de Pérez-Reverte es la de legitimar el estudio científico-naturalista del ser humano, tanto a nivel individual como colectivamente. Esto se aprecia en su obsesión por el estudio de la naturaleza humana desde un punto de vista científico. Un ejemplo claro serían las valoraciones científicas de algunos de los personajes de su novela *El asedio*, que realizan un estudio del control de las fuerzas naturales y de la compleja naturaleza del ser humano con la intención de reorganizar la vida social para el bien de la humanidad.

Según las opiniones expuestas, se concluye que Pérez-Reverte realiza una lectura de la Historia, —que en el caso de las novelas estudiadas en esta tesis sería el primer tercio del siglo XIX, curiosamente el periodo más liberal de la historia de España hasta entonces— a partir de una serie de interpretaciones críticas basadas en lecturas tradicionalistas y positivistas que se alejan de la historiografía liberal, y se acercan más al modelo nacionalista y tradicionalista.

Para demostrar mi tesis estudié la evolución del concepto de Historia en las novelas históricas revertianas que recrean la guerra de la independencia española y sus aledaños. En estas novelas, Pérez-Reverte realiza un examen crítico del pasado para que

el lector pueda conectarlo con el presente y recuperar —de este modo— su memoria histórica y su identidad nacional. Durante este examen, el autor evoluciona de una visión hegeliana de la Historia —con la supremacía de los ideales liberales y la fuerte presencia de un debate ideológico entre tradicionalismo y modernidad—, a una concepción postmoderna de la Historia en la que la nostalgia por los tiempos áureos triunfa sobre las ideas de la Ilustración.

Como vimos en el segundo capítulo de esta tesis, para crear “nuestra” Historia, Pérez-Reverte utiliza la guerra como herramienta para reflexionar sobre la idiosincrasia del pueblo español, y para crear el concepto de nación que el ciudadano español—según el autor— parece haber olvidado. El concepto de la guerra también manifiesta una importante evolución a lo largo de su obra. De un rechazo inicial de la guerra a través de una concepción postmoderna de la misma —con el rechazo de los metarrelatos, la desmitificación de todo heroísmo y la condena de la barbarie—, pasa a tener una visión más nacionalista de la guerra en la que ésta se torna una herramienta necesaria para crear la nación, y defender la patria, la cual nos redime de todo acto bárbaro que hayamos cometido, como se ve en el personaje de Marrajo.

Para Pérez-Reverte, la guerra, aunque bárbara y cruel, se muestra como un proyecto común donde el pueblo se une en solidaridad ante una nación insolidaria y aislada tras fronteras lingüísticas y nacionalistas, y tras historias locales (Touton 2004: 624). Esta continua referencia a la guerra le sirve al autor como instrumento para la creación de mitos nacionales que despiertan el patriotismo, y también para equipararse con los héroes clásicos, hecho que piensa el autor le concede la autoridad —otorgada por

su sabiduría y conocimiento— para criticar abiertamente cualquier tema histórico (De Urioste 141).

El enemigo principal de la nación —según el autor— es la ignorancia y la falta de un código moral del ciudadano español, en el que prevalezcan los valores caballerescos de antaño. Para combatir este enemigo convierte el pasado en un campo de batalla, creando la figura del buen soldado o el soldado anónimo, al cual le asigna un código de honor difícil de entender en la sociedad contemporánea.

Como vimos en el cuarto capítulo de esta tesis, tras la representación de estos conceptos de la guerra y la Historia se esconde una ideología difusa o indefinida, difícil de entender, y un comportamiento poco aconsejable: “Hubo, en el sentir de nuestro autor, un ayer más hermoso cuya aureola se extiende incluso a comportamientos no muy recomendables” (Sanz Villanueva 422). Esta ideología también muestra una evolución, en la que el autor pasa de una ideología desencantada, con unas novelas ideológicamente menos partidarias y menos permeadas por la ideología del periodo, a una ideología reactivada por el cambio de coyuntura española y por la crisis ideológica de la política nacional.

La evaluación de los conceptos analizados en esta tesis —guerra, historia e ideología— ha sido una tarea ardua, ya que el carácter ambiguo y cambiante de la narrativa e ideología de nuestro autor —que existe aunque él se niegue a aceptarlo—, dificulta el análisis de su obra, y de la ideología que se esconde detrás de sus historias:

“La lectura global de su obra me produce el efecto de un escritor que asienta un pie en las miserias de nuestro desventurado planeta y el otro en la Arcadia. Y para mí tengo que el fondo último de toda su literatura reposa sobre una quimera, la quimera del sueño de la Arcadia.” (422)

Pérez-Reverte, quien dice usar la historia como enseñanza para que el lector del presente aprenda del pasado, realiza en realidad una manipulación de la historia con la intención de recuperar “cierta” memoria colectiva, debatiéndose entre una visión realista de la historia y una visión nostálgica, en la que se deja entrever una ideología positivista, tradicional y nacionalista. Para ello, utiliza la guerra como herramienta de consolidación del concepto de nación, con la intención de despertar el patriotismo del ciudadano español, y de imponer un código moral con unos valores en desuso, y totalmente inaplicables para los ciudadanos de la sociedad actual. El desapego y la falta de afinidad del autor con los valores de la sociedad contemporánea lo llevan a la creación de unas novelas históricas en las que presenta una visión maniquea de la Historia de España basada en dicotomías —tradición/modernidad, bien/mal, guerra/paz—, y una visión ideológica de la nación claramente pro-nacionalista y tradicionalista, aunque la mayoría de los críticos se nieguen a aceptar una realidad, que a pesar de las ambigüedades del autor, resulta evidente.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

### a) Textos de Pérez-Reverte (Bibliografía primaria):

- Pérez-Reverte, Arturo. (1983) *El húsar*. Madrid: Punto de lectura, 2008.
- . (1993) *La sombra del águila*. Madrid: Punto de lectura, 2010.
- . (1994) *Territorio Comanche*. Madrid: Ollero & Ramos, 1994.
- . (1995) “La fiel infantería.” En: *Obra breve/I*. Rafael Conte, pról. Madrid: Alfaguara, 1995, 9-20.
- . (1998) *Patente de corso. (Artículos 1993-1998)*. José Luis Martín Nogales, sel. y pról. Madrid: Punto de lectura, 2004.
- . (2001) *Con ánimo de ofender. (Artículos 1998-2001)*. José Luis Martín Nogales, sel. y pról. Madrid: Alfaguara, 2002.
- . (2004) *Cabo Trafalgar*. Madrid: Alfaguara, 2004.
- . (2005) *No me cogeréis vivo. (Artículos 2001-2005)*. José Luis Martín Nogales, sel. y pról. Madrid: Alfaguara, 2005.
- . (2007) *Un día de cólera*. Madrid: Alfaguara, 2007.
- . (2009) *Cuando éramos honrados mercenarios. (Artículos 2005-2009)*. José Luis Martín Nogales, sel. y pról. Madrid: Alfaguara, 2009.
- . (2010) *El asedio*. Madrid: Alfaguara, 2010.
- . (2010) “Los moros de la profesora.” *XL Semanal*. 25 de noviembre de 2010. <http://www.perezreverte.com/articulo/patentes-corso/566/los-moros-de-la-profesora/>. Consultado 12/19/2011.

### b) Estudios citados (Bibliografía secundaria):

- Acín Fanlo, Ramón. “Cómo entrar en escena y otros problemas de fondo. (Para una lectura de *Territorio Comanche*.)” *Territorio Reverte*. José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi, eds. Madrid: Verbum, 2000, 13-27.

- Anónimo. “Trafalgar demuestra que la dignidad no la tienen los gobiernos, sino los pueblos.” 13 de octubre de 2004, s.p.  
<http://www.perezreverte.com/articulo/noticias-entrevistas/404/trafalgar-demuestra-que-la-dignidad-no-la-tienen-los-gobiernos-sino-los-pueblos/>.  
 Consultado 01/11/2011.
- Altares, Guillermo. “Alatriste vuelve al barro de la trinchera.” *El País*, 8 de septiembre de 2011, s.p.  
[http://www.elpais.com/articulo/cultura/Alatriste/vuelve/barro/trinchera/elpepicul/20110908elpepicul\\_1/Tes](http://www.elpais.com/articulo/cultura/Alatriste/vuelve/barro/trinchera/elpepicul/20110908elpepicul_1/Tes). Consultado 09/09/2011.
- Amell, Samuel. “Historia y novela en la narrativa española actual.” *Convergencias Hispánicas. Selected Proceedings and Other Essays on Spanish and Latin American Literature, Film, and Linguistics*. Elizabeth Scarlett y Howard B. Wescott, eds. Newark DE: Juan de Cuesta, 2001, 9-26.
- . “Juan Marsé y Arturo Pérez-Reverte, dos narradores aparte.” *Alatriste, la sombra del héroe*. José Belmonte y José Manuel López de Abiada, eds. Madrid: Alfaguara, 2009, 36-44.
- Amorós, Andrés. “Introducción.” *La sombra del águila*. Arturo Pérez-Reverte. Madrid: Castalia, 1999, 19-59.
- Arco, Antonio. “Con ustedes, Pérez-Reverte.” *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 13-17.
- Baño, Antonio. “Pérez-Reverte. La pluma y la espada.” *Ajoblanco* (1999): 34-41.
- Belmonte Serrano, José. “El eterno conflicto entre la realidad y el deseo: *El húsar*.” *Territorio Reverte*. José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi, eds. Madrid: Verbum, 2000, 59-74.
- Cantarino, Vicente. “Américo Castro: Un aspecto olvidado de la polémica.” *Américo Castro: The Impact of His Thought*. Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, eds. Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988, 191-200.
- Carr, Edward Hallett. *What is history?* New York: Knopf, 1962.
- Castillo Gallego, Rubén. “Miedo, sudor y prosa: *Territorio comanche*.” *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 19-26.
- Conte, Rafael. “Leer es una aventura.” *Obra breve/I*. Madrid: Alfaguara, 1995, 9-20.

- Cuenca Toribio, José. "Américo Castro, historiador." *Cuadernos hispanoamericanos* 426 (1985): 51-56.
- Dendle, Brian J. "Pérez-Reverte y la novela histórica." *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 61-73.
- Díaz-Polanco, Héctor. "Evolución y progreso en el positivismo." *Boletín de Antropología Americana* 6 (1982): 25-35.
- Díez de Revenga, Francisco J. "El cuento y la novela corta en Arturo Pérez-Reverte." *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 75-86.
- Durham, Carolyn A. y John P. Gabriele. "Entrevista con Arturo Pérez-Reverte: Deslindes de una novela globalizada." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 28.1 (2003): 233-245.
- Europa Press. "Saramago, Pérez-Reverte y Gimferrer rechazan el papel del escritor como referente moral."<sup>14</sup> de septiembre de 2004, s.p. <http://www.lukor.com/literatura/noticias/0409/14153011.htm>. Consultado 10/07/2011.
- Friera Álvarez, Marta y Ignacio Fernández Sarasola. "Contexto histórico de la Constitución española de 1812." 31 de mayo de 2004, s.p. <http://bib.cervantesvirtual.com/portal/1812/contexto.shtml#1>. Consultado 12/23/2011.
- García, Marie-Thérèse. "El húsar, un exemple de fiction historique." *Cahiers de Narratologie* 15 (2008): 2-14.
- García, Román. "El otro fin de la historia." *Eikasia* 31 (2010): 170-186.
- Gómez López-Quiñones, Antonio. "La conquista y el problema de la modernidad hispánica. Dos discursos sobre el pasado (post)colonial en la democracia española." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 36.1 (2011): 101-132.
- Grohmann, Alexis. "Sobre guerra e *hybris* en *El pintor de batallas* de Arturo Pérez-Reverte." *Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism* 3.1 (2007): 1-9.
- Gumbrecht, Hans-Ulrich. "Américo Castro y la historia de los debates sobre la identidad española." *Iberoamericana* 10.38 (2010): 99-102.

- Huguet Polo, Andrés. “La tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia.” *Tripod*. Diciembre de 1991, s.p.  
<http://huguet.tripod.com/fukuyama.htm>. Consultado 10/10/2011.
- King, Edmund L. “The Problem of Determinism in Américo Castro’s Historiography.” *Américo Castro: The Impact of His Thought*. Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, eds. Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988, 117-125.
- Lemes, Karina Beatriz. “*El húsar*: una reconstrucción ética de la memoria.” *Siglos XX y XXI. Memoria del I Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. La Plata, 1-3 de octubre de 2008. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, s.p.  
<http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/congreso/ponencias/LemesKarina.pdf>  
 Consultado 10/10/2011.
- Márquez Villanueva, Francisco. “Américo Castro y la historia.” *Américo Castro: The Impact of His Thought*. Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, eds. Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988, 127-139.
- Meza Cascante, Luis Gerardo. “El paradigma positivista y la condición dialéctica del conocimiento.” 12 de febrero de 2010, s.p.  
<http://entremaestros.files.wordpress.com/2010/02/el-paradigma-positivista-y-la-concepcion-dialectica-del-conocimiento.pdf>. Consultado 12/12/2011.
- Miller, Stephen. “Epic and Violence in Narratives of May 2-3, 1808.” *Monographic Review* 24 (2008): 80-92.
- Montaner Frutos, Alberto. “Introducción.” *El capitán Alariste*. Arturo Pérez-Reverte. Madrid: Alfaguara, 2009, 9-95.
- Montes, Eva. “Arturo Pérez Reverte.” *El Comercio*, Gijón, 11 de junio de 1996, s.p.  
 Consultado 8/2/2011.
- Navajas, Gonzalo. “Arturo Pérez-Reverte y la literatura de un tiempo ejemplar.” *Territorio Reverte*. José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi, eds. Madrid: Verbum, 2000, 297-318.
- . “De Flandes a Vietnam. La guerra como relato de la alteridad de la nación (Pérez-Reverte, Marías, Cercas).” *Versants. Revista suiza de literaturas románicas* 56.3 (2009): 113-134.
- . “De Ernest Renan a Homi Bhabha. Macrohistoria y ficción en Arturo Pérez Reverte.” *Alariste, la sombra del héroe*. José Belmonte y José Manuel López de Abiada, eds. Madrid: Alfaguara, 2009, 292-318.

- Oleza, Juan. "Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo." *La novela histórica a finales del siglo XX*. José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page, eds. Madrid: Visor Libros, 1996, 81-97.
- Otero-Blanco, Ángel. *Un lector apasionado: Arturo Pérez-Reverte y la reformulación del canon (Pérez-Galdós y Unamuno)*. Tesis doctoral sin publicar. Brown University, 2009.
- Pedrós-Gascón, Antonio Francisco. "Héroes para un nuevo 98 (acerca de una invisibilidad ideológica en la novela española reciente)." *España Contemporánea* XXII.1 (2009): 7-34.
- Pedrosa, José Manuel. "La Guerra de la Independencia en el imaginario colectivo español: dos siglos de memoria oral." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 57.1 (2009): 89-115.
- Peña, Aniano. "Américo Castro en la polémica de la ciencia." *Américo Castro: The Impact of His Thought*. Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, eds. Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988, 151-159.
- Pérez-Galdós, Benito. *Trafalgar*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- . *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- Pérez Melgosa, Adrián. "Presentes imperfectos: La pugna entre realismo y post-modernismo en las novelas de Arturo Pérez-Reverte." *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 331-343.
- Perona, José. "Coloquio: Alatríste, un héroe de nuestro tiempo." *Alatríste, la sombra del héroe*. José Belmonte y José Manuel López de Abiada, eds. Madrid: Alfabuara, 2009, 503-517.
- Prada, Juan Manuel de. "Arturo Pérez-Reverte: El analfabetismo de los críticos ha hecho mucho daño." *Territorio Reverte*. José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi, eds. Madrid: Verbum, 2000, 389-396.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua*. 22<sup>a</sup> ed, s.p. [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO\\_BUS=3&LEMA=historia](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=historia)  
Consultado 10/10/2011.
- Restrepo, Pablo. "Mediadoras y pérdida de la memoria histórica en *La piel del tambor*, de Arturo Pérez-Reverte." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 32.1 (2007): 177-187.

- Sanz Villanueva, Santos. "El revertismo y sus alrededores." *Sobre héroes y libros: la obra narrativa y periodística de Arturo Pérez-Reverte*. José Belmonte Serrano y José Manuel López de Abiada, eds. Murcia: Nausicaa, 2003, 401-423.
- Schreckenber, Stefan. "Lugares de la memoria, espacios de la imaginación y discurso de la identidad: el Siglo de Oro en la novela contemporánea." *Espacios y discursos en la novela española: del realismo a la actualidad*. Wolfgang Matzat, ed. Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert, 2007, 101-116.
- Touton, Isabelle. "El capitán Alatriste de Arturo Pérez-Reverte y la memoria nacional." *El siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*. Toulouse: PUM/Consejería de la Embajada de España en Francia, 2007, 1025-1036.
- . *L'image du Siècle d'Or dans le roman historique espagnol du dernier quart du XX siècle*. Tesis doctoral sin publicar. Université de Toulouse II-Le Mirail, 2004.
- Urioste, Carmen de. "La textualización de Arturo Pérez-Reverte en sus artículos." *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*. Madrid: Verbum, 2006, 133-148.
- Urrero, Guzmán. "Diálogo con Arturo Pérez-Reverte." 16 de mayo de 2007, s.p. <http://www.cineyletras.es/Lecturas-y-analisis/dialogo-con-arturo-perez-reverte.html>. Consultado 12/12/2011.
- Vásquez Rocca, Adolfo. "La posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia y metafísica y fin de los metarrelatos." *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas* 29.1 (2011): 285-300.
- Videla, Juan Daniel. "Contra Fukuyama: Modernidad, globalización y fin de la historia." Ponencia leída en el I Congreso Internacional de Filosofía de la Historia, Buenos Aires, 25-27 de octubre de 2000, s.p. [http://www.oei.org.ar/edumedia/pdfs/T09\\_Docu2\\_ContraFukuyama\\_Videla.pdf](http://www.oei.org.ar/edumedia/pdfs/T09_Docu2_ContraFukuyama_Videla.pdf). Consultado 10/10/2011.
- Walsh, Anne L. *Arturo Pérez-Reverte. Narrative Tricks and Narrative Strategies*. Woodbridge UK, Rochester NY: Tamesis, 2007.
- White, Hayden. *Metahistory. The historical imagination in nineteenth-century Europe*. Baltimore & London: The John Hopkins University Press, 1973.

7. LISTA DE ABREVIACIONES DE LOS TEXTOS PRIMARIOS  
DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

Pérez-Reverte, *Ánimo*: *Con ánimo de ofender*.

Pérez-Reverte, *Asedio*: *El asedio*.

Pérez-Reverte, *Cabo*: *Cabo Trafalgar*.

Pérez-Reverte, *Cogeréis*: *No me cogeréis vivo*.

Pérez-Reverte, *Cuando*: *Cuando éramos honrados mercenarios*.

Pérez-Reverte, *Día*: *Un día de cólera*.

Pérez-Reverte, “Fiel”: “La fiel infanteria.”

Pérez-Reverte, *Húsar*: *El húsar*.

Pérez-Reverte, “Moros”: “Los moros de la profesora.”

Pérez-Reverte, *Patente*: *Patente de corso*.

Pérez-Reverte, *Sombra*: *La sombra del águila*.

Pérez-Reverte, *Territorio*: *Territorio comanche*.